



Yorlgo

LA ESPERANZA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

13 DE SEPTIEMBRE



ALDOUS HUXLEY

Era preciso que llegase un día en que la fecha del 13 de septiembre no se solemnizase desde el Poder con el estrépito de notas oficiosas, desfiles y banquetes que caracterizaban los aniversarios de la dictadura. En este día, los hombres libres de España—libres, por lo menos en su conciencia—tendrán que evocar el largo eclipse de libertades públicas y recordar las desastrosas consecuencias de aquel hecho de fuerza.

Hay en estos momentos un programa mínimo dentro de la vida civil en el que coinciden todos los españoles dignos: evitar que actos análogos al de Primo de Rivera puedan producirse. La experiencia ha sido ejemplar y obliga a todos los espíritus diáfanos al sencillo compromiso de impedir que hechos como aquel donde se consagre el Poder personal puedan llevarse a cabo en medio de la indiferencia colectiva. Cada español debe estar dispuesto a no consentirlos en la medida de sus fuerzas individuales.

La erupción fascista que tantos pueblos han sufrido después de la guerra, no está atajada todavía. Toma formas diferentes y aparece encubierta por los movimientos políticos más extraños. Verdad es que como tales hechos carecen de idealidad y de moral, no tienen fuerza histórica de ninguna clase. Pero los pueblos que los sufren tienen que padecer durante largo tiempo sus consecuencias.

Desde el liberalismo más moderado al radicalismo más extremo, la dictadura personal es repudiable. Pero hay que temer siempre las reacciones desesperadas de las viejas oligarquías que ven con angustia cómo el poder y el mando se les escapa de las manos. En ese sentido, el 13 de septiembre es una fecha significativa. Ante ella hay que comprometerse a cortar todo brote de dictadura y afirmar la preponderancia del Poder Civil.

Y que llegue alguna vez un 13 de septiembre donde la dictadura española quede liquidada sancionando, debidamente todas las responsabilidades.

AÑO I

NÚM. 15

25 CTS.

Ayuntamiento de Madrid

EDITORIALES

LA PROTESTA DE GALICIA

La repulsa surgida en Galicia contra los hombres de la Dictadura es algo bien elocuente que no dejarán de tener en cuenta los amigos del régimen derrotado. Y es una enseñanza provechosa para todos los que suponen a la conciencia popular demasiado dormida. Galicia es hoy toda España. Por creerlo así, con agudo olfato, los cariacontecidos propagandistas de la U. M. han renunciado a continuar sus prédicas electorales en otras regiones. No podemos por menos de felicitarnos por el acuerdo, aunque lamentemos profundamente una decisión que nos priva de muchos ratos de intenso regocijo. Cosas como las que, sin duda, dirían hombres como Calvo Sotelo, Callejo, Guadalhorce, el hijo de Primo de Rivera y demás mentalidades, no son de las que se oyen todos los días ni de las que dejan de producir notable ejemplaridad.

La Prensa monárquica, se ha revuelto contra la actitud de la liberal Galicia, sacando a colación el argumento de que no es lícito atropellar el derecho que tiene todo ciudadano a exponer sus ideas políticas, sean las que fueren. Argumento que por cierto no esgrimieron esos periódicos cuando una pandilla de zulus quiso interrumpir la conferencia de Unamuno en los Cuatro Caminos. (Donde las dan las toman, queridos cavernícolas). Nosotros, somos partidarios de la libertad de tribuna, así como de toda clase de libertades y ejercicios del derecho, para unos y para otros, blancos, negros o rojos. Pero no podemos extrañar que el pueblo español reaccione, como lo ha hecho en Galicia, contra la cinica audacia de unos hombres que siendo culpables y responsables de la escandalosa y catastrófica Dictadura recién enterrada se atreven a presentarse con gesto de apelación ante la misma opinión que hace breve tiempo les lanzó violentamente de puestos que nunca merecieron ocupar.

Esos hombres, violadores de derechos, de hogares y haciendas; perseguidores de personas, opiniones ajenas y lícitas propagandas; trasgresores de las más elementales normas de ciudadanía y de humanidad; tiranuelos implacables de España, durante seis años de ignominia, detentadores de su poder público que no ganaron en buena lid constitucional, sino que hurtaron sediciosamente como arrebatan los salteadores de caminos una valija en mitad de una carretera; esos hombres, son los que ahora imploran libertad y derechos y prácticas de ciudadanía!... La repulsa del país no puede ser más natural, más cargada de razones y de emoción justiciera. Digan lo que quieran los periódicos

S U M A R I O

Portada: 13 de septiembre.—Editoriales: *La protesta de Galicia*; *Los presos sociales*.—Ideas políticas: *La clase media*, por Alejandro Lerroux.—*Panorama del desastre*, por Julio Senador.—Cinema: *Los principios del nuevo cinema ruso*, por S. M. Eisenstein.—*«Azorín»*, mal visto, por A. Hurtado de Mendoza.—*Capacidad revolucionaria*, por Antonio de Obregón.—*El nuevo romanticismo*, por J. Díaz Fernández.—*Los tres caminos del conde de Romanones*, por Joaquín Arderius.—Carta de Buenos Aires: *Tribulaciones de una República*, por C. Villalobos Domínguez.—*El matrimonio perfecto*, por el doctor Vital Aza.—*Madroños*.—*Política religiosa en España*, por Francisco Moragas Corujo.—*Gárgolas*, por Angel Valbuena.—*Rifi-Rafe*.—Falcón, en libertad.—*Vida española*: Canarias.—*El P. N. de T. en Las Palmas*, por A. H. de M.—Caricatura, por Félix.—La quinceña internacional: *El caudillaje en América*; *Las elecciones alemanas*.—*Los libros*.

Desde el próximo número, que aparecerá el día 4 de octubre, NUEVA ESPAÑA se transforma en una revista semanal de 24 páginas, al precio de 25 céntimos.

Hemos querido publicar el presente número tal como ha de aparecer en lo sucesivo—con variaciones que han de mejorarlo considerablemente—para que nuestros lectores se den cuenta de lo que ha de ser NUEVA ESPAÑA de ahora en adelante.

Nuestro programa del primer día continuará cumpliéndose al pie de la letra. NUEVA ESPAÑA, semanario político y social, aspira a ser el órgano más avanzado de las izquierdas españolas y a plantear, con un criterio universalista, los problemas más urgentes de nuestro país. Estamos seguros de que en él encontrarán las nuevas generaciones que irrumpen en la lucha política y social la revista que exige el momento presente. Más combatida y popular si cabe, que ha sido hasta ahora, la nuestra, será una revista para mayorías y minorías, mantenida por el fervor de un Grupo de hombres libres que requiere en nombre de «España futura», el apoyo y la confianza de todos los sectores de izquierda.

NUEVA ESPAÑA

irrogadíticos y ex upetistas (esos periódicos que no pueden resignarse a perder sus propinejas y salarios) las manifestaciones de La Coruña, de Orense y de Lugo no invalidan el credo liberal del respeto a todas las ideas y proselitismos políticos. Lo que invalidan y castigan son los gestos bravucones de individuos que, como Calvo, Guadalhorce, Primo, etc., desprovistos de toda solvencia y autoridad, tratan de realizar una maniobra absolutamente inadmisibile.

LOS PRESOS SOCIALES

La campaña pro-amnistía que se está llevando a cabo por las organizaciones sindicales y por una parte considerable de la Prensa obrera tiene la adhesión total de NUEVA ESPAÑA. Mientras no se dé fin a las detenciones gubernativas y no se liquiden por parte del Poder público las numerosas condenas dictadas por delitos de carácter social, no podrá decirse que el país ha entrado en el camino de la legalidad. El orden no se mantiene a base de persecuciones y si la dictadura fue impopular y no reportó al país ningún beneficio, fue porque cercenó la libertad de pensamiento hasta el punto de que sólo podían opinar el Gobierno y sus amigos. Los delitos sociales son delitos de ideas. No se olvide esto. Y las ideas no pueden combatirse con la cárcel, porque a menudo tales sanciones resultan contraproducentes. Los ideales del proletariado son tan respetables ante la ley como los restantes ideales políticos y representan, desde luego, valores espirituales mucho más profundos, con los que hay que contar si se quiere atender al progreso de España.

Es inadmisibile que mientras los incursos en graves responsabilidades políticas actúan a su antojo en la vida pública, los hombres de las organizaciones obreras estén en la cárcel o tengan que vivir en la clandestinidad. Los presos sociales, como los presos políticos, deben desaparecer si de veras se piensan corregir anomalías jurídicas y extralimitaciones dictatoriales.

No nos importan los matices de esas organizaciones obreras que sufren persecución. Aprovechamos este momento para decir que NUEVA ESPAÑA no es una revista de esta o la otra tendencia, sino que alcanza todas aquellas que figuran en el movimiento de izquierdas. Desde el republicanismo de derechas al internacionalismo marxista, todos los grupos están representados en nuestra publicación. Queremos colaborar desde la línea intelectual más avanzada en la obra de transformación de un régimen cuyo común denominador es la injusticia económica y la subversión moral. En esa línea nos hemos colocado desde el primer día y en esa línea estaremos en el futuro.

ideas políticas

LA CLASE MEDIA

por ALEJANDRO LERROUX

Hay naturalezas que se resisten al pesimismo por una combinación de causas físicas y predisposiciones morales que las defienden contra todo decaimiento. La vida tiene para los hombres dotados de esa fortuna facilidades insospechadas. Dijérase que todo, lo inerte y lo arimado, obedece a la misma ley armónica y progresiva, por la cual el mal no existe sino como oposición o elemento de lucha para conseguir el bien, que triunfa en definitiva, consistiendo el secreto de la victoria en no desconfiar nunca de sí mismo ni del resultado. Con esta filosofía superan todas las dificultades y se resiste a todos los «derrotismos».

Jamás he desfallecido en mis luchas ni he desconfiado del éxito final, y he aprendido que este factor moral es indispensable y decisivo para todo el que, por cualquier motivo, se destaca del nivel común humano, dirigiendo, conduciendo o gobernando hombres. Por lo demás, «difícil facilidad», porque el optimismo sistemático que no se funda en la acción y en la práctica, se confunde fácilmente con la candidez; peor aún, con la necedad.

En ningún momento ha vacilado, no ya mi fe republicana, sino mi esperanza en el triunfo. No ha dejado de triunfarse porque faltasen la razón fundamental y las circunstancias favorables, sino porque no se ha hecho todo lo que se debía, ni siquiera todo lo que se podía, para triunfar.

Entregados con placer de holgazanería a la crítica fácil, reconocíamos los republicanos que nos faltaba organización, y no organizábamos; que nos faltaba preparación técnica, y no nos preparábamos; que la sociedad evolucionaba creando necesidades nuevas y planteando nuevos problemas, y no evolucionábamos; que la masa proletaria nos abandonaba cansada de esperar la República, y no estudiábamos las causas ni nos cuidábamos de procurar los remedios; que la clase media se apartaba de la vida política en general y en particular de nosotros, y no íbamos a buscarla en sus Cámaras de Comercio, dejábamos abandonadas sus entidades económicas, no frecuentábamos sus Círculos, Ateneos y Academias, no tratábamos

de mezclarnos con ella para influir en sus acuerdos, en sus manifestaciones, en sus luchas por los intereses legítimos que representan.

Admito la responsabilidad que me incumba, si se me permite presentar a la consideración de los que hayan de juzgarme toda mi vida de trabajo, las organizaciones que siguen mi inspiración en toda España, mi labor en Cataluña, mis propagandas de siempre y mis actos, que han propendido constantemente a la exaltación de la vida civil, a la armonía entre las clases productoras y a la compenetración de éstas con la política.

Había sostenido yo en el Parlamento polémicas de las más alta importancia, y, fuera de él, fatigado sobradamente la tribuna popular, pero nunca había hablado en plan de conferencia, fuera de una, de triste recordación, en la Sociedad El Sitio, de Bilbao.

El año 1916, por el mes de mayo, fui invitado a ocupar la cátedra del Círculo de la Unión Mercantil de Madrid.

Nada más representativo que esa entidad, de una parte de la clase media, tan interesante por sí misma y para la Democracia Republicana. La tentación venció mi resistencia a figurar en posición de catedrático, y acepté la invitación, y hablé una noche durante dos horas mortales. El tema de mi conferencia fué éste: «Obligaciones de la clase media en las presentes circunstancias». Fué muy discutida y muy comentada, porque yo subí a la cátedra de aquel Centro social con la integridad de mi significación y de mis convicciones, al «servicio de la República».

No ha de extrañar mi preocupación por el tema elegido. Procedo de la clase media: soy hijo de un profesor veterinario militar y nieto de un médico. Además, conozco la participación de las clases medias de Madrid en las luchas políticas del siglo pasado: mi familia paterna estuvo afincada en esta capital; mi padre nació en el más modesto piso de la casa misma de la plaza de Oriente donde murió Goyarre, frente por frente al Palacio Real,

y algunas veces he tratado de explicar, por esta circunstancia, mi hereditaria oposición a la Monarquía, cuando he estado en humor de descifrar charadas.

La indiferencia política individual me ha parecido siempre egoísta y suicida: la colectiva, irracional y antipatriótica.

Decir: «Yo no soy político» vale tanto como declarar que no se es ciudadano y convertirse de hecho en siervo y en parásito de la sociedad.

Un pueblo, una clase social que no hace política, renuncia voluntariamente a la libertad, abandona la defensa de sus intereses de todas clases, incubaba la tiranía y la inmoralidad y deja de tener patria propia para vivir en ella como un extraño.

En la situación por la que viene pasando nuestro país contraen grave responsabilidad, que no podrá eludirse ante la Historia, los hombres, las colectividades, las clases sociales que se apartan de la política.

Los que la dirigen salen del seno de la clase media. Renegar de la política es abandonarles y traicionarles, casi un fratricidio. Frecuentemente, además, se les enrarece el ambiente con la difamación, se les inutiliza con la calumnia, se hacen imposibles sus iniciativas, infecunda su labor en la vida pública, entregándoles desarmados de prestigios a la desconfianza de las gentes.

En las luchas del gobernante, situado entre el poder supremo del Estado y el poder del pueblo, si le abandona sistemáticamente la confianza de la clase media, si no le asiste con su concurso, si además le difama y le calumnia y le desprestigia, el gobernante, el director o los directores de una política tendrán que renunciar a sus funciones, produciendo la inestabilidad de los gobiernos, la falta de continuidad tan necesaria en una obra política de importancia, o tendrán que entregarse a uno de los dos poderes con perjuicio del otro y daño evidente del bien público.

No me propongo aquí pregonar la pureza inmaculada de los hombres políticos; pero no será injusto decir que cuando claudican, muchos han sudado

do sangre en el Huerto de los Olivos antes de sucumbir y prevaricar bajo las tentaciones del demonio, que suele ser también un honrado o varios honrados apolíticos de la clase media.

Así se ha verificado ese proceso de desintegración que ha separado, divorciado puede decirse, a la clase media de los hombres políticos, y, como consecuencia, éstos se han agrupado a su vez en clase y en casta. La noble función ciudadana de intervenir por la política en la gobernación del país se ha profesionalizado. Lo accidental y adjetivo se ha convertido en substancial.

Cree la mayoría de la clase media, que el hombre consagrado a la política no es sino instrumento para conseguir mercedes o influencia para lograr *justicia*, cuando la administración anda remisa o adversa.

La falta de intervención en la vida pública de la clase media ha sido la causa de que la función política haya degenerado en oficio y de que el oficio, al vincularse en agrupaciones con figura de partidos, y hasta en familias, como por juro de heredad, se haya estancado, corrompido y degenerado.

La función ciudadana del sufragio llegó a quedar abandonada o se convirtió en mercancía. La clase media, que abomina de los políticos, que desdén los partidos, que menosprecia los ideales liberales o conservadores, republicanos o monárquicos, ha renunciado con su inhibición al único medio posible de dignificar y enaltecer la vida pública.

Podría, puede hacerlo, porque nadie como ella para representar e imponer un estado de opinión. En íntimo contacto con la sociedad entera, opera con su influjo sobre lo más sensible y sentimental de ella, ejerciendo, en cierto modo, una tutela intelectual el maestro sobre la generación que nace, el catedrático sobre la juventud que se inicia, el médico y el abogado sobre su clientela. Los Ateneos, las Academias, las Universidades, las Escuelas especiales, las Asociaciones mercantiles, las Cámaras oficiales, los gremios profesionales, sin convertirse en oficinas de reclutamiento partidista, deberían ser, por una polarización automática de las ideas y un dinamismo inevitable de las energías, centros de irradiación ciudadana, democrática y liberal, alma de la clase media.

Es ella la madre y creadora de la economía política moderna, la conservadora de nuestras viejas tradiciones de libertad y democracia, la creadora de la burguesía que ha transformado el mundo para hacer posible la transición a la era futura de la justicia social.

Todo lo que se convirtió en Derecho al salir de la Edad Media, levantando al hombre de siervo a ciudadano, es una conquista de las clases pro-

NUEVA ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

DIRECTORES:

ANTONIO ESPINA
JOAQUIN ARDERIUS
JOSE DIAZ FERNANDEZ

Año I. 15 de septiembre de 1930. Núm. 15.

Redacción y Administración:
39, TUDESCOS, 41
M A D R I D

Teléfono número 12501
Apartado de Correos 555
Dirección telegráfica: MORATEDI

SUSCRIPCIÓN:

Semestre..... 6 pesetas.
Año..... 12 —

NÚMERO SUELTO: 25 CÉNTIMOS

ductoras que forman el nervio de la clase media. Ellas crearon los Municipios con sus fueros, las ciudades con sus libertades, las Cortes con su soberana autoridad, a la que se subordinaban hasta los reyes, y que proclamaban antes, con dos siglos, que ninguna nación europea, la libertad individual de los foreros, la inviolabilidad del domicilio, el derecho de propiedad, la facultad sin intervención del Rey de declarar la guerra y la paz, los impuestos, la inmunidad de los procuradores o representantes de los pueblos en Cortes, la inviolabilidad de la ley, sólo obligatoria cuando se promulga con la intervención de aquéllas, la invalidez de las cartas del Rey si no llevan el refrendo de dos o tres de sus consejeros.

Fué la clase media, representación del pueblo, la que obtuvo que en los fueros concedidos a villas y ciudades se consignase la declaración de que «los pueblos no son patrimonio de los reyes», repetida solememente por las Cortes de Cádiz en 1812.

«Monumentos preciosos» llamo Martínez Marina, diputado en esas Cortes, a los fueros municipales españoles.

Robertson, eminente historiador, en la de Carlos I de España dice: «Los habitantes de cada ciudad de Castilla formaban una gran corporación con importantes fueros y privilegios; estaban exentos de todo vasallaje y servidumbre, eran admitidos entre los legisladores, cultivaban las artes industriales y acumulaban riquezas por medio del comercio, y siendo,

de esta suerte, independientes y libres, fueron a su vez protectores de la independencia y de la libertad de su país.»

Por eso pudo extender sobre la España antigua, obra de esa clase media, el conde de Montalambert, otro insigne historiador, la siguiente ejetutoria de nobleza:

«Toda esa multitud de privilegios y franquicias locales o personales formaban una suma de libertad, de valentía, de honor y de probidad común a toda España, y de que ninguna otra nación del continente gozó tanto tiempo ni tan completamente.»

Ciertamente, esas libertades costaron muy caras y estuvieron en constante pugna con el feudalismo unas veces, con la realeza otras, pero fueron defendidas heroicamente antes de sucumbir al empuje universal del absolutismo. Las Hermandades castellanas sostuvieron sangrientas luchas en defensa de las leyes y las libertades en 1282, 1295, 1315, 1465 y 1520. Es curioso saber que ya en 1480, en Segovia, reinando los Reyes Católicos, pudieron celebrarse reuniones públicas, lo que ahora llamamos *mitines*, para hablar en protesta contra la injusticia, *requiriendo de nulidad ante Dios y el Papa*, el acto de donación que los Reyes habían hecho a un su servidor, Andrés Cabrera, del sesmo de Valdemoro, con 1.200 vasallos.

Si, en efecto, «España entera no fué hasta el siglo XVI sino una confederación de Repúblicas, más bien municipales que feudales, en las que los reyes no eran soberanos, sino presidentes.»

Fué necesario que dinastías extranjeras entronizasen en nuestro país el absolutismo, para que al cabo de cuatro siglos, uno de ellos consagrado por el constitucionalismo a la reconquista de la soberanía popular, se encontrase España con los descendientes de aquellos defensores de la ciudadanía y de la libertad, nuestra clase media mercantil y profesional, contemplando indiferente y escéptica las luchas políticas por los ideales mismos que fueron el sistema vertebral de nuestra patria y que la encumbró sobre el mundo entero.

Los eclipses no matan la luz, la ocultan. El anacentalismo da un nuevo tirón en el mundo hacia los poderes personales irresponsables; pero nunca hubo menos razón que ahora para el pesimismo, ni mayores posibilidades de reponer a España en el camino de sus grandezas morales.

La clase media, nervio y cerebro del pueblo, no necesita sino querer para conseguirlo. Plena de capacidad y de preparación, lo que le hace falta es amor y voluntad.

«Porque es indigno del honor ciudadano—dijo ya Solon—el que contempla indiferente las luchas de su pueblo por el progreso del bien.»

PANORAMA DEL DESASTRE

Por JULIO SENADOR

Nada esencial ha cambiado en la vida moral de los hombres. Ni un solo desagravio a la justicia se ha conseguido en dos mil años. El que antes era esclavo, fué luego siervo y ahora es proletario. El antiguo esclavo—decía Henry George—lo era de uno solo. El que no tiene tierra lo es de todo el mundo.

Los problemas que intimidan a la sociedad contemporánea son los mismos que asolaban a la antigua Roma: tiranía irresponsable arriba y opresión irremediable abajo; escasez de subsistencias y de casas; preponderancia política y social del rico; necesidad de la guerra de invasión para vivir; desmoralización y soborno del cuerpo electoral; oscilación de las naciones entre la república y la monarquía sin arraigo de ninguna de ambas en la conciencia popular; tendencia de la propiedad al latifundio; decadencia agrícola; ruina y protestas de los cultivadores; respeto inquebrantable a los productos del saqueo y confiscación tributaria de los productos del trabajo; malestar general, asco, tristeza, miedo a la insurrección de los oprimidos; esperanza en un Mesías redentor milagroso; despoblación campesina; leyes sociales que no remedian nada; fracaso de las colonizaciones interiores, como fracasó la intentada por César; crisis de producción por las devastaciones de la guerra; paz sólo asegurada a fuerza de armamentos; requisiciones de productos; prohibiciones de exportación; tasas de precios; persecuciones a los acaparadores de vituallas, pero no a los acaparadores de las tierras en que se producen las vituallas; caridad inspirada, como siempre, no en el amor al prójimo, sino en el miedo al prójimo; instituciones frumentarias sin ningún valor práctico; distribuciones de socorros por no poder hacerlas de trabajo; fraudes a costa de la penuria general; paralización de actividades útiles por miedo a las exacciones del Fisco; depreciación de los jornales por la abundancia de brazos; depreciación de los productos por falsificación de la moneda.

Hay la misma carga por gastos militares, que cuando Roma sostenía treinta legiones de a doce mil hombres. Hay el mismo pensamiento obsesionante de agresión y de conquista. Hasta sigue habiendo la misma preocupación tenaz de impedir a los germanos el acceso al Mediterráneo, acantonándose en las márgenes del Rin y del Danubio. Hasta subsiste

identidad de miras en los procedimientos.

Una vez los romanos emplearon esclavos en la guerra prometiéndoles la libertad. Lograda la victoria les condujeron a una isla y les pasaron a cuchillo para no sentar el precedente de haber hecho justicia siquiera una vez, ni aun por equivocación.

No hace mucho que, para llevar a las trincheras millones de proletarios, se les prometió vida barata a su regreso, buen salario, tranquilidad, ayuda y tierra libre.

Hecha la paz, quedaron, sólo en Inglaterra, dos millones de desocupados; y no se les acuchilló porque no hacía falta para tenerles bien sujetos; pero, por toda recompensa, se les invitó a marcharse al Canadá.

En todas partes falta al pueblo pan, cultura, trabajo, moralidad y alegría.

Por un sistema uniforme de impuestos, que son, con otros nombres, los mismos de las épocas más bárbaras, los Estados llevan las naciones a la ruina; y, sin embargo, no cesan de establecer nuevos recargos tributarios.

Alardean de haber nivelado el presupuesto nacional cuando consiguen secuestrar una parte mayor del trabajo de sus habitantes; pero como lo que el Estado gana en apariencias lo pierde la nación en realidad no hay tal superávit, porque la fuerza y la riqueza de un país sólo se aumentan haciendo que cada habitante obtenga de su esfuerzo el mayor provecho posible, y no cuando se multiplican, robustecen y extienden los tentáculos de la burocracia; que es lo que ocurre cuando se complica el sistema recaudatorio, porque nueve décimas partes de la burocracia están únicamente dedicadas a la recaudación de los tributos.

Nada se mueve. Nada puede moverse.

Refiriéndose a la perfección insuperable de la moderna organización económica para la inmovilización definitiva de las masas, decía Brooks Adams en su *Ley de civilización y decadencia de los pueblos*: «Se ha creado una máquina de aplastamiento contra la cual es imposible toda resistencia.» La autoridad soberana de la plutocracia, en todo el sector del planeta que usurpa el nombre de civilizado, proviene de su habilidad para asegurarse la obediencia de las muchedumbres reduciéndolas a la extrema impotencia, o sea a la última po-

breza, por la organización legal del robo.

Este artificio es la base del orden.

La miseria no existe en la naturaleza. Ninguna especie viviente padece miseria más que la especie humana. ¡quizá por ser la única dotada de inteligencia!

La miseria es un producto artificial. No estará de más indicar algo sobre el procedimiento de su fabricación.

Por lo pronto, se entregan a una insignificante minoría todas las fuentes naturales de la producción; es decir, el suelo y el subsuelo, para que una inmensa mayoría quede perpetuamente excluida de estos bienes fundamentales.

Imposibilitada así la mayoría de producir riqueza, tal vez se la ocurriera negociar con su signo, o sea con el dinero, como los judíos. Para evitarlo se entrega el monopolio del crédito a otra oligarquía, que en seguida constituye un Banco Nacional; con lo cual tampoco hay modo de adquirir los medios para renovar, perfeccionar o acrecentar los instrumentos técnicos de fabricación que multiplicarían y abaratarían los objetos por la supresión de obstáculos a la fabricación en serie.

Pero crear riqueza no sólo es «sacar de...», sino «llevar a...»

Para impedir la libertad de tráfico, en que tanta gente hallaría útil empleo, se entrega la construcción y explotación de los ferrocarriles a Empresas amparadas contra toda competencia por el otorgamiento de un privilegio llamado concesión administrativa.

Quedaba el resto del mundo. Cabía establecer un intercambio provechoso incluso con aquellas luengas tierras, ajenas todavía a las bellezas de la «sivilización»; palabra que, quizá por defecto prosódico, suele pronunciarse «civilización». Entonces se establece una Aduana que interrumpa cualquier relación entre hombres de distintas nacionalidades.

Calafateado en esta forma el último respiradero, sólo queda a las masas un recurso: la venta de su fuerza muscular o cerebral... si encuentra comprador; y desde aquel momento se inaugura el reinado de Su Majestad la Miseria.

La venta de energía humana recibe el nombre de «contrato de trabajo»; pero ¿es posible la contratación entre una bolsa llena y un estómago vacío? ¿Hay contrato cuando se estipula bajo la amenaza de muerte por hambre?

Es digno que el legislador mienta a sabiendas, llamando «contrato de trabajo» a un pacto esencialmente nulo puesto que de las tres causas que vi- can el consentimiento concurren, en este caso, las dos denominadas fuerza invencible y miedo insuperable?

Carlos Marx exclamaba: «¡Trabajadores de todos los países: Uníos!»

La unión de los trabajadores, a través de las fronteras, sería terrible.

Afortunadamente para la tranquilidad de los satisfechos, la estorba la Aduana; y como los pobres son tan ignorantes—sin que esto quiera decir que los ricos no lo sean—, cada grupo de pobres se atrinchera tras su respectiva Aduana para hacer al trabajo de los pobres de enfrente unas veces la guerra a mano armada y otras la guerra de tarifas, no menos feroz, devastadora y corruptora.

Los de acá, en el conflicto europeo, caían por las ganancias del Comité des Forges. Los de allá, por los Krupp, los Stinnes, los Thyssen y demás tiburones del negocio; pero casi todos estaban convencidos de que habían sido atacados y de que morían por la patria.

Tiempos hubo en que Julio Guesde y sus amigos se ilusionaban con la idea de que los mejores ciudadanos franceses eran los socialistas alemanes.

El 28 de noviembre de 1888, Liebknecht decía en el Reichstag que el partido socialista estaba decidido a no dejar «disminuir la patria» y a defender sus conquistas contra todo propósito francés.

Bebel, que en el propicio instante había protestado contra la anexión de la Alsacia-Lorena, decía posteriormente, en un manifiesto a sus electores de Hamburgo, «que siempre se opondría a la devolución de la Alsacia-Lorena».

Vollmar, diputado de Munich, decía en ocasión análoga: «Al otro lado de los Vosgos hay demasiadas ilusiones sobre nuestros sentimientos; pero, cuando llegue el caso, los socialistas alemanes marcharemos en primera fila, y hasta el último hombre, contra Francia.»

Se llamaban discípulos de Carlos Marx los que así practicaban la unión internacional de los trabajadores que recomendaba Carlos Marx.

El año 1926 se ha dictado en Hungría una ley prohibiendo todo trabajo al extranjero. En Inglaterra se rechaza a todo el que no vaya a estudiar. Francia, durante la guerra, rehusaba toda oferta de trabajo europeo y traía chinos y annamitas. Los Estados Unidos han cerrado a piedra y lodo las puertas abiertas a la emigración; y todas estas descabelladas resoluciones son debidas a la presión ejercida sobre los Gobiernos por los Sindicatos de trabajadores.

Los trabajadores de todos los países, las víctimas de iguales desafue-

ros, haciéndose la guerra unas a otras! ¿Qué esperanza de emancipación puede quedar para el rebaño lamentable de los desposeídos?

Así entienden los pobres sus intereses. Es un efecto natural del desconcerto y de la corrupción que, por todo el planeta, difunde el proteccionismo aduanero.

¿Y entretanto?

Transcribamos aquí algunos renglones de Valery-Radot en *La clé du festin*:

«Contemplad esos esclavos de la máquina. Su tarea uniforme les ha vaciado el cerebro y convertido en

LEA USTED

NUEVA ESPAÑA

TODOS LOS SABADOS

autómatas. Rodajes ínfimos del monstruo zumbador y anónimo, no saben dónde va su esfuerzo ni la alegría, la fuerza o la desesperación que engendrará. Que el negocio a quien sirven prospere o vegete, nada les importa. Su salario es fijo. Vedles regresar a sus tugurios en ciudades sin aire, sin

verdor y sin perfumes, como rebaños apesadumbrados y sombríos. Todos se parecen entre sí. Son la multitud. Se agolpan a la entrada de los metropolitanos; se hunden bajo tierra; birlan, al paso, un periódico recién salido de la máquina, y mientras los vehículos iluminados les transportan entre anuncios incoherentes, ellos leen religiosamente aquella hoja que canta las excelencias del progreso. Luego la máquina lanza brutalmente sobre las aceras esa muchedumbre que se divide en pequeños arroyos dirigiéndose unos hacia el almacén o el Banco, y otros hacia el taller, donde otra vez les espera la máquina.»

Contra el argumento de que ese espectáculo se da exclusivamente en los países industrializados, cabe todavía alegar algo de lo que ocurre en los «ruralizados».

En la revista *Información Sanitaria*, correspondiente al 2 de junio de 1928, decía el doctor Mateos que existen en España, según datos oficiales, millón y medio de familias jornaleras que todavía no han logrado la aspiración mínima a un salario justo y fijo. Esta declaración, interpretada en otros términos, significa que unos seis millones de españoles despiertan, a cada nuevo amanecer, en la tremenda duda de si, a cambio de trabajo, podrán lograr siquiera el alimento de aquel día.

Miseria en los ambientes industriales. Miseria en los medios rurales; y esta situación no cambiará, mientras la posesión de los elementos naturales por una minoría impida el derecho al trabajo de la mayoría esterilizando todos sus esfuerzos en la lucha contra la miseria.



MAQUINAS DE ESCRIBIR

CONTINENTAL

PORTABLE Y DE OFICINA

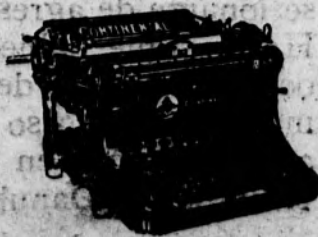
Compárese el trabajo de la MAQUINA CONTINENTAL con cualquier otra marca y se convencerá que es la mejor y más completa de las máquinas de escribir. Pídala a prueba a los agentes exclusivos

Pérez y Vázquez, S. L.

Pl y Margall, 18. Teléf. 16924.-MADRID

MUEBLES PRACTICOS PARA OFICINAS

Pídanse presupuestos para instalaciones completas. Accesorios para toda clase de máquinas



Ayuntamiento de Madrid



por S. M. EISENSTEIN

Los principios del nuevo cinema ruso

La presente Conferencia ha sido sostenida por Eisenstein en varias capitales europeas, en muchas de ellas entre el bloqueo de la Policía. El regisseur ruso hace un cumplido estudio del cinema en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y habla con palabras de nuevo entusiasmo de sus posibilidades. Una nota conviene señalar ante el lector, la de que a pesar de que Eisenstein es el propulsor y el creador casi único del cinema ruso, el personalismo no asoma en su labor ni una sola vez.

No creemos necesario descubrir ante el lector la figura de Eisenstein, pero antes de darle a él la voz en nuestra Revista, queremos dejar consignada nuestra adhesión a la labor de este hombre que solicitado insistentemente por todos los halagos del capitalismo norteamericano, como no ha sido todavía solicitado nadie en el mundo, continúa trabajando pobre y austeramente en la obra socialista de Rusia.

F. A.

Debo comenzar diciendo que el objeto de nuestro film no es el de constituir un pasatiempo agradable ni una distracción. Para nosotros el film es siempre una cosa muy seria que tiene una razón instructiva y cultural de ser. Obedeciendo a este principio nos esforzamos desde el comienzo de nuestra producción por obtener bases serias y científicas para todas las cuestiones de arte y particularmente para el cinema. Hace cuatro años se ha creado en Moscú una especie de Universidad del cinema, donde se forman jóvenes que han de llegar a ser «regisseurs», operadores o actores. En

esta Universidad que es, según creo, única en el mundo, funcionan laboratorios de investigaciones experimentales, donde se dilucidan las cuestiones de teoría y práctica cinematográfica y donde pueden hacerse ensayos. Por otra parte, no es la única orga-

ponde a las intenciones del público, sobre lo que no responde. Los materiales que resultan de semejantes investigaciones se coleccionan, se analizan y se utiliza la lección que de ellos resulta.

Como sabe el lector, las nuevas for-



Una escena de "La lucha por la tierra"

nización que trabaja por el cinema en U. R. S. S. Las Universidades de Moscú y Leningrado disponen de centros para estudios sobre el análisis psicológico del espectador que se ocupan de todas las cuestiones semejantes y sus métodos.

Hay también organizaciones que mantienen el contacto con el espectador para poder estudiarlo mejor, como la «Sociedad de los amigos del film soviético», que extiende sus células por todas las grandes fábricas, por las villas, por todos los lugares en los cuales es necesario hacer encuestas sobre lo que los trabajadores piensan respecto a los films. La Sociedad de los amigos del film hace cuestionarios dirigidos a los espectadores sobre las formas cinematográficas empleadas, sobre la comprensión del film, preguntándoles qué es lo que más les ha chocado en un film, sobre lo que res-

mas del arte son siempre obtenidas y derivadas de nuevas formas sociales. La idea que preside a nuestro cinema es la misma que en tiempos recientes presidió a la revolución. Esto es, el predominio del elemento colectivo sobre el elemento individual.

Ya se sabe el rol que el colectivismo juega en la vida social rusa y en la revolución. No es necesario insistir sobre ello, pero yo quiero deciros cómo ese concepto determina todos los puntos de nuestro cinema, tanto del lado comercial, del lado de la producción, como del lado estético y artístico. Enfrentémonos con el lado comercial.

Nosotros tenemos un monopolio del cinema; toda la producción y la distribución del films es monopolizada por el Estado. Esto nos da grandes facilidades para conseguir nuestro fin instructivo y cultural. Ya sabéis que el film instructivo no reporta tanto di-

nero como el film pornográfico o el de aventuras. Nosotros exigimos, pues, a nuestros grandes films de historia o de aventuras proyectados en las grandes salas del extranjero, que nos procuren el dinero necesario para crear los «cinemas de aldea», cinemas ambulantes que pueden llegar a las esquinas más apartadas de nuestra gran república. El rol de estos cinemas ambulantes es esencial para el desenvolvimiento cultural de las pequeñas repúblicas nacionales que entran en la unión soviética.

La cultura de estas pequeñas mino-

Se dice, frecuentemente, contra la estatización que una monopolización de la producción, suprimiendo la concurrencia, puede perjudicar las calidades de la obra de arte. Esto no es verdad.

Si vosotros leéis nuestros periódicos, podréis ver que en todos los dominios un nuevo valor reemplaza a la competencia, este es el «amor propio».

Una fábrica de Moscú, verbi gracia, envía un desafío a una fábrica de Leningrado y le dice que va a producir más que ella, menos caro y mejor.

otros nos enfrentamos son siempre aquellos que tienen una gravedad más apremiante. Por ejemplo «la lucha por la tierra» tiene como sujeto la necesidad de la industrialización y la organización cooperativa de las aldeas. También las cuestiones de moral y familia, obligadas por las condiciones nuevas a buscar soluciones nuevas, nos provocan continuamente nuevos temas cinematográficos. Una vez encontrado el tema, se traspasa con un orden a una escenarista o un regisseur profesional quien construye un escenario. Cuando el escenario está terminado se le discute colectivamente en las fábricas o en los lugares especialmente interesados por la cuestión propuesta. Si se trata de un film aldeano como «La lucha por la tierra» se discute el escenario en los medios aldeanos, y, sabiendo que es un film hecho para él, cada paisano se interesa, da su opinión, dice lo que él piensa del tema, avuda y contribuye—por su conocimiento del ambiente—, a los intereses empeñados, y cumple así el rol que nosotros deseamos que cumpla.

Cuando comienza la filmación, las masas y las colectividades contribuyen también a su realización. Por ejemplo, en los grandes films de masas como «La lucha por la tierra» y «Los diez días que asombraron al mundo», las grandes escenas de masas son representadas por obreros, actores gratuitos y espontáneos. Cuando en «Los diez días» necesitamos realizar el asalto al «Palacio de Invierno», dos o tres mil obreros venían cada mañana y cada noche con dos orquestas dispuestos a representar las escenas que nosotros queríamos que representaran. El fusilamiento en las calles ha sido representado por voluntarios enteramente; ¡casi todos eran los mismos que en 1917 habían representado la cosa más seriamente que diez años después, en 1927! Esto nos dió la posibilidad de restituir la atmósfera y la verdad de los hechos.

Yo digo siempre que una utilización semejante de las masas no es posible más que en la U. R. S. S., porque no hay muchos países donde puedan llevarse impunemente a la calle dos o tres mil obreros cargados de fusiles.

Cuando el film está terminado, antes de presentarlo en los teatros, se envía a las fábricas y las aldeas, y las clases en él representadas hacen una crítica severa. Es una tarea muy difícil la de controlar un film que acaba de terminarse. Hace falta llevarlo a la fábrica y escucharlo que se dice al objeto de modificar vuestro film y agregarle lo que sea necesario para que llegue a expresar verdaderamente lo que vosotros queréis que exprese.

Respecto a las fórmulas cinematográficas, el movimiento colectivista



La protagonista de «La lucha por la tierra», el último film de Eisenstein

rías nacionales no podía desarrollarse mientras el zarismo y la cultura rusa fué impuesta a todo el mundo. Actualmente nuestra política es absolutamente contraria a aquella y ensayamos el desenvolvimiento de las culturas locales.

Ciertas repúblicas pequeñas no podrán sostener por sí mismas una empresa cinematográfica que trabajara sobre los temas singulares de cada una. Si pensáis en las pequeñas repúblicas musulmanas donde existe todavía el problema de la emancipación de la mujer comprenderéis que allí el film debe ser un instrumento de propaganda necesario para la emancipación, pero esto no es posible más que con la ayuda del Estado, porque las pequeñas repúblicas musulmanas son demasiado limitadas para asegurar su producción.

Lo mismo ocurre con los films para los aldeanos. Los films del género de «la lucha por la tierra» son muy importantes porque deben explicar la utilidad de las máquinas a los paisanos, pero comercialmente son una catástrofe.

Entonces se celebra entre las dos fábricas, durante un año o seis meses, una concurrencia puramente sportiva.

Lo mismo ocurre en el cinema, y las fábricas cinematográficas se lanzan los mismos desafíos sobre la calidad de sus films. Esto es un precioso estimulante del trabajo.

Así juega el movimiento colectivista un gran rol en la producción de films.

Por de pronto cuando escogemos un tema no tenemos en cuenta nuestros nervios, nuestra diversión o nuestra curiosidad. Cuando nosotros escogemos un tema es siempre un tema que interese a las masas y que tenga un valor actual para todo el mundo.

Tenemos, para el film como para todos los otros terrenos de nuestra industria, un plan de cinco años. Es un plan que fija los temas primarios y las cuestiones principales que deben ser resueltos durante estos cinco años en el cinema. Se reserva un puesto para los temas imprevistos que la actualidad pueda suministrar, pero existe un plan general al que uno debe atenerse. Los problemas con que nos

juega igualmente un poderoso rol. La necesidad de hacer films de valor colectivo nos ha ayudado a romper el triángulo sagrado de la dramaturgia clásica que comprende el marido, la mujer y el amante.

Nosotros queremos entrar en la vida. Si hacemos un film que concierne a la vida de la flota vamos a Odesa, a Sebastopol, entramos en el medio de los marineros, estudiamos la atmósfera, los sentimientos de estas gentes, y conseguimos así obtener el sentimiento medio que nos interesa. Si es un film aldeano, vamos a las aldeas y pasamos el tiempo entre los paisanos preparándonos para obtener el color local y el sentimiento de la tierra. Lo mismo hacemos con los actores y los intérpretes.

Ya hemos dicho que el cinema no es sólo representado por actores profesionales; creemos que los simples particulares pueden, a veces, expresar mejor sus sentimientos, ser más naturales que los actores de oficio. En muchos casos es sencillamente una cuestión de tiempo.

Si un actor para representar un papel de viejo ha tenido dos o tres jornadas para prepararse y para la representación, un verdadero viejo tiene ya sesenta años ganados para representar su papel, y debe portarse, por tanto, mejor que un actor. Pero la consecución de actores no profesionales encierra muchas dificultades. Debe encontrarse en una muchedumbre de rostros las expresiones y las cabezas que quieren tenerse para que correspondan a la idea con que se ha hecho el escenario. Hace falta descubrir en los personajes reales la expresión característica que flota en vuestra imaginación.

Cuando se ha encontrado el personaje, comienzan otras dificultades. Abordáis a este personaje y le decís: ¿Quiere usted ser filmado? Casi todos contestan: Sí. Pero, casi inmediatamente agregan que ellos no se dejan fotografiar más que en familia. Es una tradición para la fotografía: el marido, la mujer, los hijos, la abuela se niega a separarse y es difícil hacerles comprender que no hay necesidad de ellos todos. A veces es, a pesar de todo, imposible; en «La lucha por la tierra» hay una mujer que no ha consentido en ser fotografiada más que con la condición de tener a su lado a su suegra, porque su marido estaba en otra aldea y ella tenía temor de que se dijeran malas cosas sobre ella.

En estos casos hay un truco a emplear, consiste en tomar el cuadro dejando fuera a la persona que no queréis vosotros fotografiar.

Hay todavía una dificultad más complicada cuando se quiere que un personaje, que es honesto en la vida, represente en el film un rol negativo.

Representar un papel positivo es muy fácil, pero representar el papel de «malo» es muy difícil porque hay siempre miedo de que entre los conocidos y los vecinos se tomen por reales las malas acciones cometidas ante el écran.

Hay todavía otros obstáculos. Durante nuestros trabajos para «La lucha por la tierra» tuvimos que visitar regiones primitivas donde hay muchas tradiciones medievales y donde encontramos dificultades extraordinarias. Debíamos, por ejemplo, filmar una escena de bodas. El primer día

triángulo y ha de buscar otros modos de expresión en el film. Yo no quiero empequeñecer el rol de los autores de films históricos, de documentarios o de abstractos. La gran diferencia entre sus buscas y las buscas del film de masas es que el film abstracto no se ocupa de organizar ni de provocar las emociones principalmente sociales del auditorio, mientras que el film de masas se devana primordialmente en estudiar cómo se puede por la imagen y la composición de las imágenes provocar la emoción de los espectadores. Nosotros no tenemos el recurso del



El protagonista de «La lucha por la tierra»

habíamos reunido, con facilidad, 20 muchachas que debían representar en estas nupcias. Todo marchaba bien y habíamos comenzado a filmar, pero al segundo día ninguna de las 20 muchachas se presentó en el taller. No podíamos comprender por qué e indagamos inmediatamente lo que pasaba. Se nos contó en seguida que las mujeres viejas, siempre opuestas al progreso, había convencido a las muchachas de que los aparatos de tomar las vistas podían fotografiar a través de los vestidos y que las muchachas, muy decentes durante la filmación serían proyectadas desnudas como niñas. Naturalmente, nadie quería dejarse fotografiar en nuestro cinema. Tuvimos que esforzarnos mucho para explicarles que aquello era imposible. La presencia de Rayos X en aquella villa había producido la creencia de que podía retratarse a través de todo.

La misma idea general preside las nuevas formas de cinema que nosotros buscamos actualmente. El film no es considerado como el último estadio del film soviético. Pero él ha dado la posibilidad de romper la tradición del

sujeto de aventuras, del sujeto policiaco u otro; nos hace falta, por consiguiente, encontrar en la imagen y en sus combinaciones, los medios para provocar las emociones perseguidas.

Es una cuestión de la cual nos hemos ocupado mucho. Después de haber trabajado mucho en esta dirección estamos enfrentados con la más grave tarea de nuestro arte: expresar por la imagen las ideas abstractas, concretizarlas de alguna manera; y esto no traduciendo una idea por cualquier anécdota o historia, sino encontrando directamente en la imagen o en las combinaciones de imágenes el medio de provocar reacciones sentimentales provistas y computadas con anterioridad.

Yo no sé si me explico claramente, pero considero la idea bastante comprensible por ella misma.

Se trata de realizar una serie de imágenes compuesta de tal manera que provoque un movimiento afectivo, que despierte en su torno una serie de ideas. De la imagen al sentimiento, del sentimiento a la tesis.

Existe, evidentemente, procediendo así, el peligro de caer en lo simbólico; pero no se debe olvidar que el cine es el único arte concreto que sea al propio tiempo dinámico y que pueda expresar las operaciones del pensamiento. Los otros artes no pueden excitar con igual potencia al pensamiento porque son estáticos y pueden solamente darle la réplica al pensamiento sin desenvolverlo realmente. Yo creo que la falta de excitación intelectual de que puede tacharse a los demás artes es conseguida por el cine. Esta será la obra histórica del arte de nuestro tiempo, porque nosotros sufrimos un dualismo terrible entre el pensamiento, la especulación filosófica pura, y el sentimiento, la emoción.

En los tiempos primitivos, los tiempos mágicos y religiosos, la ciencia era a la vez un elemento de emoción y un elemento de saber colectivo. Después con el dualismo las cosas se han separado y nosotros tenemos de una parte la filosofía especulativa, de la otra el elemento emocional puro.

Nosotros debemos, ahora, dar una vuelta no hacia el estado primitivo que era el estado religioso, pero sí hacia una síntesis del elemento emocional y el intelectual.

Creo que sólo el cine es capaz de alcanzar esta síntesis retrayendo el elemento intelectual a sus fuentes vitales concretas y emocionales. He ahí nuestra tarea y el camino en que estamos empeñados. Este sería el punto de partida del próximo film que yo voy a hacer, el cual debe hacer pensar dialécticamente a nuestro obrero y a nuestro paisano. Este film se titulará «El capital de Marx».

Como conclusión quiero decir, todavía, que nuestros films son considerados por nosotros como una producción colectiva; porque nosotros intentamos expresar por nuestras obras tanto como sea posible las ideas y los intereses de las masas creadoras, y si nuestros films tienen una fuerza y un temperamento, esto no es más que la fuerza y el temperamento, así como de la voluntad de las masas creadoras que construyen, con esfuerzo enorme, el socialismo en nuestra unión.



“AZORIN”, MAL VISTO

por A. HURTADO DE MENDOZA

Erudición — materialidad — y creación — idealidad — ahora y siempre han estado en franca oposición. Pues, frente a frente no se tiene noticia de un feliz maridaje. Frente a frente — ¡siempre! — una ha muerto estrangulada por la otra. Afortunadamente: porque así — de esta manera — quedan discriminados dos campos: el de la libre creación y el de los pacientes husmeadores de papeles amarillentos de Archivos y Bibliotecas. Lástima grande sería que dos funciones tan dispares quedaran confundidas.

Erudición es pauta, medida, falsilla, sujeción. Creación, sin ir más lejos, es — precisamente — todo lo contrario. De aquí que la manipulación de estos dos elementos no lleve el marte de la generalidad. Su éxito — en el manejo — está reservado al estimable monopolio de una minoría. Muy mínima, por cierto.

El caso de Antonio Espina con su Luis Candelas no es — ¡ni mucho menos! — vernáculo. He ahí su egregio acierto: espumar las líneas indispensables del alubión de historia, leyenda, mito, que envolvía y hasta oscurecía la figura del bandido magnánimo. (Al decir de Roberto Castrovido: «La persona más decente del reinado de Fernando VII»).

Del Candelas de los archivos policíacos. Del Candelas romántico. Del Candelas místico. Del Candelas real. Del Candelas histórico, Antonio Espina tuvo el tacto supremo de recoger las palpitaciones precisas para formar el armazón de su Candelas. Un triunfo — ciertamente — que, en terreno biográfico no se logra todos los días. No sería caprichoso empeño reclamar para él el lugar señero de la colección. «Vidas españolas del siglo XIX». Conjunto de biografías en el que, salvando a Jarnés y a Marichalar, se registran pifias turgentes. Es decir, desde el punto de vista que nosotros tenemos de lo que debe ser biografía.

Pero...

Luis Candelas tuvo la suerte póstuma de que le tocara — íntegro — el premio gordo de las reivindicaciones literarias hallando un biógrafo de la alzada de Espina.

«Azorín», en vida, para desgracia de sus admiradores y suya, no ha tenido la fortuna de encontrar ni en Werner Mülertt ni en el señor Cruz Rueda, los biógrafos que su personalidad literaria, tan amplia, tan sugestiva, reclama. Dos eruditos colosales: Werner Mülertt, en Alemania, y Cruz Rueda, en España, se han encargado, con la mejor voluntad, sin

duda, de ahogar la personalidad azoriniana emparedada entre dos bloques de erudición estupefaciente. Dato tras dato, cita sobre cita, empollación sobre empollación, a esto — tan poca cosa, en definitiva — se reduce el estudio — 333 páginas — publicado por «Biblioteca Nueva» sobre el peraltado autor de «Doña Inés». ¡Qué lástima!

No, no es este el camino de la biografía.

Apartándonos de toda conminación retórico-preceptiva biografía es — para nosotros — tanto como idealización. O sea: recreación. Partiendo de una base indispensable — el dato, la fecha, la nota bibliográfica, y tal — es preciso elevarse a las regiones de la creación. Biografía es — para nosotros — tanto como extrema habilidad de saber colocar, a tiempo, un salvavidas de idealidad a un personaje inmenso en el mar de materialidad en que flota toda vida humana. Desmaterializar, desrealizar: he aquí el blanco a donde la biografía debe perfilar sus disparos. Y, claro está, al desmaterializar a un personaje — al libertarlo de las esposas de tiempo y espacio — resulta un personaje cuya configuración nos era desconocida. Descubrir facetas ocultas ha de ser el imperativo biográfico.

Como ha dicho Spranger quien está situado fuera de nosotros es quien está más propicio para descubrir parcelas de nuestro ser, de nuestra vida, para nosotros vedadas. Quien está en sí no puede verse. Lo mismo que quien está en el bosque no puede ver el bosque. Para ver — y, sobre todo, para descubrir — es *conditio sine qua non* que entre el explorador y el explorado tercié una distancia. Asegura Spranger también que las «visiones» cuanto más distantes son tanto más perfectas. De aquí, pues, que figuras de remotos siglos obtengan, hoy, «visiones» que en su época jamás hubieran logrado. De todos modos, al biógrafo cabe exigirle que nos descubra la materia que nos biografía. Por muchas razones. Principalmente, por su trato afectivo con la materia biografiada. Solamente goza de la intimidad quien con asiduidad la frecuenta. Al hombre que frecuenta la amistad íntima con una mujer le está permitido penetrar — descubrir, por tanto — parcelas íntimas prohibidas para los que por mediar una distancia inevitable quedan en el terreno de espectadores. No sería insólito que ese hombre nos descubriera una imagen de la mujer de quien usufructúa sus intimidades, para nosotros, simples espectadores, completamente desconocida, ignorada. Dos cualidades — desconocer, ig-

norar—que son el más atrayente incentivo de la biografía.

¡Qué encanto ahincar la vista en un libro en que se nos obliga a ser policías de un personaje del cual no se nos ha facilitado sino unos datos muy borrosos! ¡Qué asco tener que deslizar la mirada por las páginas en que se nos repetirá todo lo que, por ser dominio de la vida cotidiana, todos conocemos muy bien!

Este es el caso concreto del estudio que comentamos. Nacido en Alemania, traducido por el señor Carandell y aumentado por el señor Cruz Rueda. Criticado por un crítico heráclida al servicio de... su reconocida independencia literaria. (Por cierto que acerca de este *universitario* señor cabrían decir muchas cosas. Por ejemplo: estar dirigiendo un boletín de anuncios bibliográficos en comparsa con un grávido *universitario* que, según la teoría de Marañón—«Gordos y flacos»—debe tener una incapacidad intelectual ejemplar. Lo que no ponemos sobre la cuerda floja de la duda es su capacidad estomacal. Ni su capacidad de *adaptabilidad*).

Quedamos, pues, en que el estudio sobre «Azorín» es una reposición de lo que, ya, todos conocíamos:

Que nace en Monóvar.

Que escribe.

Que estudia.

Que loa políticos ineptos. (Todo político español es inepto, por lo menos).

Que actualiza los clásicos.

Que conmociona el famélico teatro nacional.

Que banderillea — con banderillas de fuego — a los críticos teatrales y gacetilleros a sueldo.

Que, en resumen, moldea una obra literaria maravillosa.

¡Ah, y que pertenece a la generación del 98!

Veamos una falla, claro está, por exceso al apretar el cuentagotas de la erudición. El señor Cruz estudia el teatro de «Azorín». Mejor: anuda todas las opiniones de esos señores que para escribir sobre teatro—mal, casi siempre—tienen que ir todas las noches al teatro. Sabemos lo que dijo Canedo, Miquis, Mesa, Floridor, Rodríguez o Pérez. Sabemos lo que declaró «Azorín» en interviús, los nombres de los reporteros que las rubricaban, el de las publicaciones que las dieron al público. (No sabemos el «Azorín»—y puestos a inquirir hubiera tenido interés—las noches de estreno cena como siempre o sólo toma una infusión de tila y unas gotas de bromuro). Sabemos lo que al autor sugirió un pateo oído desde un subterráneo camerino. Total: que el señor Cruz se deja en el tintero decirnos él, amigo y admirador de «Azorín», si

realmente los intentos teatrales de éste fueron un paso, en firme, en pro de una posible dignificación escénica. Esto hubiera sido lo interesante: la opinión del señor Cruz. Sola, escueta, personal, sin necesidad de servirse de las muletas de la erudición. Y puestos en este caso de recopilar opiniones, es inexplicable cómo un admirador de «Azorín» puede transcribir las sin hilvanarlas de los más terribles adjetivos condenatorios. ¡Porque cuidado que en torno de los estrenos *azorinianos* se escribie-

ron y se escriben bestialidades!

Ramón Gómez de la Serna labora una biografía *azoriniana*. Cabe esperar de Ramón que sea el escritor que eche el capote biográfico que la personalidad de «Azorín» requiere con urgencia. Y como sobre este egregio escritor hay tanto bueno que decir dejemos destilar el punto final. Antes diremos: «Señores, como sobre «Azorín» y lo que debiera ser su biografía hay tanto que decir, nosotros, aquí, no hemos dicho nada».

Capacidad revolucionaria

por ANTONIO DE OBREGÓN

—¿Hay en España *capacidad revolucionaria*?

—Sí.

—Lo que pasa es que *capacidad* no es *contenido*. Capacidad hay, pero contenido, no. Capacidad existe desde hace mucho tiempo, desde antes de la Dictadura, y el contenido va llenando la capacidad; cada día que pasa, el primero va llenando la segunda, pero no sabemos cuánto tiempo tardará en llenarla e inundarla, en rebasarla. Entonces, surgirá la revolución.

España, país sobrio, no es como Francia, país efectista, donde la revolución se veía venir.

De España nunca se sabrá nada; país de sorpresas, lo inesperado fué su alimento durante siglos y lo será más.

Para que España fuese como Francia teníamos que tener precedentes; teníamos que haber colocado el esqueleto de Voltaire sobre las piedras de la Bastilla—momento de efecto en la Historia—y otras muchas cosas más que nos han faltado, como masa, siempre.

¿Cuándo vamos a ser efectistas?

—Cuando lo logremos será la revolución.

Nuestros partidos han medido—están hartos de medir—nuestra capacidad revolucionaria. Para los de la derecha existe un peligro (me refiero—se entiende—a la derecha de la República, la única de la que podemos hablar dignamente). Fomenta ésta todo movimiento creyendo poderle contener a la medida de sus deseos. Se cree con fuerza suficiente para ponerle diques, para que las aguas alcancen la altura conveniente y esto es lo que puede que no logren realizar en un momento dado. Las aguas se desbordarán y, entonces, arrollarán todas las presas, porque la oratoria ya no hace, ni frena, la revolución y la derecha de la República será un nuevo ariete que lanzar...

El partido socialista debe temer tanto como la derecha de la Repú-

ca el no poder contener las aguas desbordadas; tal es el sentido que va teniendo de la armonía de la revolución. De la pausa burguesa.

En cambio, para los que no nos va a asustar nada, es la vida. Pueden las aguas derribarlo y malograrlo todo, que, impertérritos, nos entregaremos a la reconstrucción; para hacer una casa nueva lo primero que hay que hacer es tirar la vieja. Vivimos en chozas de paja y queremos rascacielos de hormigón.

Parece que el contenido revolucionario aumenta su tensión, no sólo en España, sino en el mundo entero. Mediante ignoramos qué liga del destino, los acontecimientos se unen y se precipitan.

Sin pacto, ni conjuraciones, todo vendrá por sus pasos contados, porque hay capacidad, y cuando la Historia se preocupa de la capacidad, es que va a surgir el contenido, necesariamente.

El contenido ruso es el campeón del mundo. (Yo quiero ver a Italia nada más que tres años después de la muerte de Mussolini...)

Capacidad revolucionaria hubo en Rusia de sobra; el *contenido* llegó después. ¿Y qué *contenido*!

Rusia es hoy la potencia de Europa. Por la falta de equilibrio entre la capacidad y el contenido, Rusia pasó por el hambre y por la muerte. Hoy, tras la sabia proporción de ambos elementos, Rusia se consolida.

Hay un mundo nuevo, la revolución que necesita el siglo, y está en Rusia. Esto salta a la vista del viajero. Un amigo escritor—Luis Amado Blanco—, ahora estudiando en Leningrado, me escribe: «Desde que se pone el pie en la capital se intuye lo que esto representa para el mundo y la posteridad. Contemplo cosas admirables de sacrificio por el porvenir; cosas únicas... ¿Qué *contenido revolucionario*!...»

Rusia es—en el mundo—la única potencia que puede hablar de *contenido*.

El nuevo romanticismo

por J. DIAZ FERNANDEZ

LA LITERATURA ANTES Y DESPUES DE LA GUERRA

El progreso maquinista que engendra el siglo XIX imprime a la literatura una dirección nueva. Por otra parte, los escritores son, naturalmente, los que reciben de manera más directa esa imprevisión desoladora de una época que va perdiendo la fe en sus convicciones fundamentales. En estos espíritus es donde se incubaba la reacción más violenta. Lanzas sus apóstrofes más duros contra el arte, que empezaba a hipertrofiarse, producto de las ideas y los sentimientos del siglo XIX, y aseguran que quieren romper con el pasado en nombre del porvenir. Eso es el futurismo. El futurismo se da primero en Italia y después en Rusia, pueblos especialmente preparados para las transgresiones artísticas. Italia, por su enorme pasado, que pesará siempre sobre el espíritu original de sus creadores. Rusia, porque presentaba un medio social propicio a la siembra de toda idea extraña y radical, y porque, además, poseía una tradición literaria de gran porte. Nótese que esta revolución literaria acontece precisamente en dos pueblos donde se registran dos revoluciones sociales diferentes. Se dice que Marinetti, el futurista italiano, es el precursor del fascismo. Más bien creo al fascismo precursor de Marinetti. Es decir, las causas que movilizaban el nacionalismo de las camisas negras, sus mitos románticos, sus violencias, fueron las mismas que hacían caminar a Marinetti con unos versos incendiarios en la mano. Pero el futurismo italiano y el futurismo ruso se separaron en dos líneas divergentes, tan divergentes como el fascismo y el comunismo. Quiere decirse, que Marinetti hizo traición total a su programa, que exigía una indispensable ruptura con el pasado. Porque Marinetti se hizo fascista y él, que se llamaba destructor de Museos, tiene hoy un cargo oficial por el cual resulta un conservador de Museos. No sucedió así por lo que se refiere al futurismo ruso, que se afilió inmediatamente en las filas revolucionarias con Maikowski a la cabeza. En su libro «Literatura y revolución», Trotski asegura que Maikowski no ha podido convertirse en el poeta épico de la Revolución; que su poema «150.000.000», tan popular en todas partes, no es el

poema de la epopeya social de 1917. Lenin tampoco simpatizaba con el futurismo. Pero es lo cierto que las nuevas generaciones soviéticas cantaban en la lucha los poemas de Maikowski, fijados más tarde como periódicos murales en las fábricas, y que cuando se suicidó Maikowski, todo el pueblo obrero de Moscú desfiló ante su cadáver.

El futurismo es la tendencia más seria y más fecunda de cuantas figuran en el índice de la nueva literatura. Le caracterizaba un ímpetu destructor, imprescindible en toda obra de avanzada artística. Daba entrada por primera vez en la lírica a elementos que habían estado hasta entonces desahuciados de la literatura y que respondían a exigencias de una nueva sensibilidad. Fué el futurismo el que creó las metáforas maquinistas, las imágenes simultáneas, el dinamismo lírico, y ese entusiasta desplazamiento del poeta hacia temas multitudinarios. Algunos críticos de entonces acusaron de neo-románticos a los futuristas, con gran indignación de algunos de ellos. Yo creo que el futurismo tuvo un perfil poderoso precisamente porque era neo-romántico y venía a deshacer con gesto duro las espumas irisadas del modernismo.

Casi al mismo tiempo apareció en Francia el cubismo. El cubismo no es, como sabe todo el mundo, una escuela literaria, sino pictórica; pero su papel en el arte y sus estrechas relaciones con la creación estética de su época me autorizan para colocar bajo esta denominación a las literaturas paralelas. El cubismo, que en pintura reaccionaba contra el impresionismo, volvía a las llamadas formas puras, geométricas. Sus filiales literarias retornaban del mismo modo a la prosa pura, a la expresión como técnica, al estilo estilizado. Tendían simplemente a realizar lo que en literatura se llama la forma. Al mismo tiempo se intelectualizaban de tal modo, que su obra literaria estaba destinada exclusivamente a las minorías. Existía un decidido alejamiento de lo humano, por oposición resuelta a lo que se consideraba esencia del romanticismo. A mi juicio, estas literaturas heredaban el brío cerebralismo de las últimas fechas del siglo XIX y, cuanto más presumían de encontrarse lejanas de él, más se le acercaban. Cada autor era una oficina de imágenes y de disposiciones ingeniosas.

Contra lo que cree mucha gente, la epidemia de los «ismos»—futurismo,

ultraísmo, creacionismo, dadaísmo—es anterior a la guerra. Significa sencillamente un síntoma del cansancio cósmico de aquellas generaciones a las que faltaba un ideal que pudiéramos llamar extraestético. La guerra conmovió igualmente el mundo literario. A raíz de ella, los «ismos» siguieron rigiendo impune en el desconcierto que produjo en el alma humana la catástrofe. Aumentaron las falanges de snobs. «El esnobismo» dice Franz Werfel—alcanza su más alto florecimiento cuando empieza a vacilar la estabilidad de los ideales.



NORTEAMERICA.—John L. Lewis, Presidente de la Unión de Obreros nuevos de E. E. U. y Ricardo F. Grank, que han firmado un nuevo pacto.

Es la polilla destructora que Dios envía para terminar con las formas ya periclitadas de la sociedad. Es indudable que el éxito de las literaturas formales constituye la prueba más convincente de la liquidación de un sistema social. Las presuntuosas literaturas de vanguardia no han tenido otra misión en la historia de nuestro tiempo que anunciar el último vagido del siglo XIX. ¡Ellas, que se creían matrices del futuro! En vano quisieron colocarse fuera del tiempo, ya que no del espacio—eran tan puras como el aliento de los ángeles—llamándose ambiciosamente neo-clásicas. Pero estaban muy lejos de responder a ese momento plenario y único de una civilización que llega a su cenit.

La divergencia que había iniciado el futurismo de Marinetti respecto al

futurismo ruso, fué todavía en Francia más ostensible y peligrosa. Porque Marinetti pactó con el pasado en nombre de nacionalismo italiano, para enardecer líricamente el fascismo. En cambio, los neoclásicos franceses se acogieron a un pasado mucho más tremendo: el de la Iglesia. Creyendo negar así toda la ideología racionalista del siglo XIX, buscaron para sus metáforas el albergue tradicional del catolicismo. Ignoraban, sin embargo, que el mundo no necesitaba un dogma, sino una fe. Se aliaron con los legitimistas franceses, resumen de

vanguardistas literarios instauraron como única fórmula de modernidad las metáforas deportivas. Era pintoresco leer la literatura de estos señoritos satisfechos (1) donde se mezclaban imágenes atléticas y palabras del tennis, del fútbol o del boxeo. Por lo general, estos muchachos no hacían otro deporte que el de ir al teatro con su familia en automóvil propio, o recorrer en bicicleta las carreteras lugareñas. Creían que los versos con muchos aviones y muchos «cock-tails» eran cifra y compendio de la moderna sensibilidad.

Todas estas causas decidieron que la palabra vanguardia, tan significativa en ocasiones, lograra total desprestigio. Porque escritor de vanguardia, en la firme acepción del concepto, será el escritor que va delante lo mismo en pensamiento que en estética. Aquí se daba el caso de que el vanguardismo representativo era tan reaccionario en política como cualquiera de esos «trogloditas» de que hablaba Unamuno refiriéndose a los conservadores españoles. Por esta razón hay que buscar otra palabra para designar el movimiento de la auténtica vanguardia literaria, cuyo perfil quiero trazar inmediatamente.

LA LITERATURA DE AVANZADA

En medio de los hombres sin fe que fueron a la guerra empujados por los últimos tópicos heroicos de patriotismo, existían otros que habían adelantado su mirada más de cincuenta años. Estos hombres lograron vislumbrar una nueva civilización, que había de levantarse sobre los escombros de la lucha. Una civilización fundada en la justicia humana, sostenida por la libertad integral del hombre. Entre los escritores, estos grandes espíritus se llaman Gorki, Bernard Shaw, Romain Rolland... Su literatura revelaba la falsedad de todos los principios admitidos como intangibles, y oponía a ese cúmulo de falacias una nueva moral. Ellos y unos pocos más lanzaban contra el mundo entero la profecía de que el siglo XIX había dejado de gobernar a los pueblos y que era inminente un cambio de rumbo en

(1) Insuperable definición de Ortega y Gasset.

los destinos de la sociedad humana.

La guerra, por su parte, creó la verdadera literatura pacifista, la que no habían conseguido los campeones de la fraternidad universal. Barbusse, Glaeser, Remarque, Zwaig, cualquiera de estos autores traducidos a todas las lenguas, han descrito de tal modo los sufrimientos del hombre en las trincheras y la inutilidad del sacrificio popular, que el espíritu de nuestro tiempo se levanta indignado y unánime contra las ideas que los fomentaron. Pero estos escritores no se conforman con presentar el índice alucinante de los horrores bélicos; toman sobre sí la responsabilidad de una obra más duradera. La revolución rusa, que pretende sencillamente organizar la vida, transformando, no un Estado, sino una moral, produce la verdadera literatura de avanzada. Porque allí no se conmueve un país; se conmueve un sistema social. Las nuevas generaciones rusas se han decidido a realizar una obra original y a construir con mano firme todo un aparato de gobierno, todo un programa de transformaciones. Para ello han tenido que inventar una nueva fe, tan alta y de tal calidad, que sólo la que movió el sacrificio de los primeros cristianos, puede compararse a la suya. He aquí, por eso, cómo los escritores rusos preconizan la vuelta a lo humano, porque es el esfuerzo y el ansia del hombre la que ha de llevar a cabo la gigante empresa.

Esta vuelta a lo humano es la distinción fundamental de la literatura de avanzada, que agrega a su pensamiento y a su estilo las cualidades específicas del tiempo presente. Aquellos valores aportados por el futurismo de Maikowski, no han sido desechados por los nuevos escritores: síntesis, dinamismo, renovación metafórica, agresión a las formas académicas: todo eso se encuentra en Ivanov, en Leonov, en Pilniak, en Rodionov. Las radicales mudanzas que ha sufrido el mundo en los últimos años, han polarizado los conflictos del alma humana, en problemas diferentes a los que antes movían las plumas de los creadores. Uno de los más grandes es esa prueba de resistencia interior que ha de dar el hombre de hoy, al comprometerse ante la historia a construir por sí sólo un nuevo modo de vivir. Ya no es esa concepción vaga e imprecisa de las idealidades abstractas: es la realidad indeclinable de un nuevo orden de cosas, que tiene que afirmarse y fortalecerse.

(Continúa en la página 19.)

LOS TRES CAMINOS DEL CONDE DE ROMANONES

por JOAQUIN ARDERIUS

Por una vez vamos a coincidir con el señor conde de Romanones.

Vamos a coincidir en esto: en que para salir de la actual situación política española sólo hay tres caminos: la Dictadura, la Revolución o la inmediata convocatoria de Elecciones.

Eso nos dice la Prensa que le ha manifestado este aristócrata político al representante de «La Nación», de Buenos Aires, en Alemania.

Tres caminos de salida.

¿Qué otros pudiera haber?

Creemos que este plutócrata político ha señalado todos los que hay en el mundo, para no equivocarse.

Estas declaraciones del ex presidente del Consejo de ministros liberal, con los brazos abiertos, abarcando todas las rutas del Universo, nos hace añorar tiempos de nuestra adolescencia.

Teníamos un amigo que cuando jugábamos al monte siempre ponía su postura en el centro de los cuatro naipes. Quería acertar siempre el pobrecito.

Siempre acertaba, pero nunca ganaba.

Ganaba, sí, lo que no perdía.

Una vez estaba tan distraído que dejó la postura en el pico de un rev. Salíó el rev y le dieron tres pesetas. Había venido de salto.

El se entusiasmó y preguntó por combinaciones más arriesgadas y, como es lógico, de mayor lucro.

Un amigo cariñoso le indicó la ruleta, diciéndole que en ella por un tanto pagaban más de treinta.

Se obstinó en perseguir plenos, era huérfano, y a los pocos años liquidó una fortuna que había heredado.

Perdonad que haya sacado esta anécdota fuera de los límites del caso, pero es que los tiempos de mi adolescencia ejercen en mis recuerdos avasalladora influencia.

Nuestro objeto es hacer, de los tres caminos de salida de la actual situación política española, tres naipes sobre un tapete, y, del dedo índice del señor conde de Romanones, la aguja de un oráculo, indicándolos, contestando a una consulta de carácter profético.

¿Uno de los tres!

¿Es grande la videncia de este pontífice monárquico y constitucional!

¿Se darán los tres?

¿Por qué orden?

La Dictadura, la Revolución y las Elecciones están sobre el tapete.

¿Se decide el ex diputado a Cortes

por Guadalajara a jugar por alguno?

Sí, se ha distraído como mi amigo y ha dejado la postura en el pico de las Elecciones, que seguramente será la primera que saldrá—se le ve la pinta—y ganará casi tanto como en un pleno de la ruleta: unas treinta y tantas actas.

Esta ganancia no le asegura, como es natural, el porvenir. No está libre de poderse ver un día, por los azares socialpolíticos, como mi amigo de la adolescencia y los principios rusos en París.

La voz del banquero llega a los espíritus de toda la nación:

«¡Hagan juego, señores, hagan juego!»

Como nos es dable apreciar, éste no es el clásico banquero de los casinos, con la tumbaga en el dedo meñique, dije de brillantes sobre el ombligo, solitario en la llamativa corbata e irreprochable traje de corte anglosevilano.

Este es un misterioso e invisible banquero que no articula palabras, pero que lleva a la mente del jugador la invitadora frase: «hagan juego, señores».

Sí; «hagan juego, señores», que pronto será imposible elegir naipe porque el patético, «no va más», va a quedar escrito en las cartas del azar como una rúbrica inexorable.

No se puede negar que los españoles sienten hoy fiebre de probar su fortuna en los albuques socialpolíticos.

Sobre el tapete de la piel de toro hispánica se ven moverse los brazos de los jugadores, de las frentes a los naipes, como palancas de grúas, de los barcos al muelle.

Tres son los naipes.

No he señalado ni uno más ni uno menos de los que con tanta videncia ha indicado el señor conde de Romanones. Y los mismos: Elecciones, Dictadura y Revolución.

Por eso hemos empezado diciendo que por una vez íbamos a estar de acuerdo con un excelentísimo señor.

Ya sé yo, que para un título de Castilla, ex presidente del Consejo de ministros, millonario, y tantas y tantas otras cosas más, no es ningún honor el que un gobernado ciudadano coincide con él.

Pero si yo hago uso de la única riqueza que poseo, la verdad, diré que para mí, con la mayor consideración humana, tampoco es un honor coincidir con este prócer político.

La fatalidad nos obliga a estar de

acuerdo, al indicar los caminos de salida de la actual situación política española, como al opulento cocodrilo y al delgado junco vivir en las orillas de los ríos. Pero ni el cocodrilo se envanece de estar al lado del junco ni el junco al lado del cocodrilo.

Así el gran conde Alvaro de Figueroa y Torres y este simple vástago de la ciudadanía.

Tres son, pues, los naipes que hay sobre el tapete de la piel de toro hispánica: la Dictadura, las Elecciones y la Revolución.

Es innegable que las manos de los jugadores, formando una bandada de cuervos blancos, revolotean colocando las posturas junto a las Elecciones.

Esa es la carta favorita.

¿Quién lo podrá negar?

En la elección de naipe tiene el ex diputado a Cortes por Guadalajara muchos compañeros. Con unos le entusiasma ir en el mismo vuelo de fortuna. Pero otros le sacan salpullido en la punta de la nariz con el aire que hacen al batir sus alas en el vuelo de salida a la normalidad constitucional.

Mas el elegir es libre y cada cual, con el mismo derecho que él, puede marcar en donde le alumbre su pensamiento y le mande su corazón.

Las Elecciones es la carta más cargada. Después le sigue la Dictadura. Esta tiene pocas posturas, pero son muy fuertes.

¿Y la Revolución?

Esta está vacía.

Sobre la mesa de juego, formando parte del albur, se le ve solitaria, aislada, semejante a una puerta enclavada en medio del suelo de una estepa.

Pero en un ángulo de la mesa, apartado de todos, hay un individuo, que en pie, con las manos en los bolsillos y las piernas abiertas mira y mira el naipe solitario. No tiene otra cosa y mentalmente le ha puesto su vida.

Con los equipos en mitad de la piel de toro hispánica, haciendo juego en espera del patético «no va más», preguntamos:

¿Qué carta saldrá primero?

En plazo más o menos largo, ¿se darán las tres, una tras otra?

¿Lo sabe el conde de Romanones, con tanta videncia como al enunciarle los caminos al representante de «La Nación», de Buenos Aires, en Alemania?

Yo lo sé, y veo en el fondo de la baraja, como si ésta fuese una caja de cristal, la que va a salir la primera, la segunda y la tercera.

Y haciendo un formidable alarde de mi poder profético, para ganarle en videncia al conde de Romanones, digo:

—Los de la última carta serán los primeros.

CARTA DE BUENOS AIRES

Tribulaciones de una República

por C. VILLALOBOS DOMINGUEZ

Escribiendo en Buenos Aires y pensando en España y para España, he aquí que voy a decir algo, no sobre «las» tribulaciones de Alemania republicana (que son muchas), sino solamente de las que me parecen más apremiantes y dignas de ser tenidas en cuenta por los republicanos españoles.

Las que más hostiga y desconcierta a los leales amantes del republicanismo en Alemania provienen de la deplorable inestabilidad de sus Gobiernos, que se parece mucho a la anarquía. Un país debe estar gobernado bien o mal, por uno u otro sistema; pero por encima de todo, es preciso que tenga un Gobierno; y casi no se puede llamar tenerlo, estar gobernados por gabinetes que nadie sabe (ni ellos mismos) si durarán veinticuatro horas o veinticuatro meses.

Hay que saber con qué se cuenta. Es lo mismo que sucede con la moneda. Su valor puede ser alto, o bajo, si no hay más remedio; pero es indispensable que tenga uno fijo para que las transacciones, los salarios y todas las relaciones económicas tengan una base de cálculo a qué atenerse, so pena de extenuación por el retraimiento y azarosa especulación originados en la incertidumbre.

Además de su inestabilidad, los Gobiernos republicanos alemanes padecen de un hibridismo terriblemente paralizante. Gobiernan allí (es un decir) gabinetes formados por socialistas, católicos, republicanos, fascistas, etcétera, etc., que pasan su tiempo, como es natural, en estorbarse unos a otros, porque los respectivos puntos de vista, tendencias y compromisos una incongruencia aplicado al régimen republicano, porque hace imposible o enteramente aleatoria la estabilidad de los gobiernos; y ahí está también el caso de Francia como ejemplo bien visible.

La más perfecta Constitución que los hombres han ideado hasta la fecha es la de Estados Unidos, que ha sido copiada en toda América y funciona con éxito en la Argentina desde que se la complementó (como es indispensable) con el sufragio secreto y, por consiguiente, libre y auténtico.

La Constitución norteamericana, de tipo llamado «presidencialista» por

oposición a «parlamentario», se inspira en el principio de que los dos poderes legislativo y ejecutivo emanen directa y separadamente de la soberanía popular, manifestada en las urnas; y no, como en las «parlamentarias», que el pueblo nombre al Parlamento y éste, a su vez, nombre y destituya al poder ejecutivo. De aquel modo, el presidente, elegido por el pueblo, designa a sus ministros y los cambia a su talante como simples funcionarios o secretarios auxiliares, cuya entrada o salida poco afecta a la continuidad de la acción gubernativa.

La distinción entre uno y otro sistema tiene una profunda importancia. Los pueblos, aunque cada día aprendan más, están lejos de ser omniscientes, y mucho menos homogéneos en sus modos de pensar. Pueden pasar (como pasan ahora en todo el mundo) por épocas de gran confusión de ideas políticas y sociales en general, la cual confusión, como es natural, se refleja y debe reflejarse en paralelamente heterogénea composición de sus Parlamentos. En éstos, por lo tanto (dadas esas condiciones ocasionales), se discutirá mucho y se resolverá poco; no hay por eso gran inconveniente. Pero hay funciones de administración y orden público cotidianas, dentro de las leyes establecidas (mientras el Parlamento no las derogue o sustituya) que deben imprescindiblemente ser cumplidas al día; y para esto es preciso que se cuente con un ejecutivo estable (dentro del control, pero no dependencia del legislativo y judicial) cuya vida asegurada por la expresada voluntad popular y período fijo, le permita entregarse tranquilamente a sus funciones, y no vivir sobresaltado por las vicisitudes parlamentarias. Que el Parlamento haga una ley, y el Ejecutivo la cumplirá. Pero, mientras tanto, que lo deje en paz.

Esta feliz condición es la que resulta del sistema constitucional norteamericano, llamado «presidencialista», y es la que hace inconcebible en Estados Unidos una de esas «crisis de gabinete» que traen a mal traer la República alemana y han malogrado medio siglo de vida política europea.

Un pueblo puede elegir con más o menos acierto a su presidente (nunca

será tan malo como el peor monarca que le puede caer en suerte), pero, como quiera que sea, a los cuatro o cinco o seis años establecidos, sabe que tendrá ocasión de elegir otro y hacerlo un poco mejor. Pero el presidente elegido, que lo sea de veras, y no un fantoche decorativo, mientras el Gobierno sobre casi toda cuestión son divergentes.

Esta caótica situación que hay que ser ciego para no ver o cobarde intelectualmente para negar, da pábulo para que muchos republicanos alemanes se sientan decepcionados y para que los reaccionarios se fortifiquen en su enemiga contra las libertades.

Para un ciudadano de cualquier país (y más si éste, como España, se halla en período espiritualmente constituyente) el caso de Alemania plantea un serio problema; y más aún si el espectador es republicano.

El problema, sin embargo, tiene una inequívoca solución. El mal de la república alemana radica en un garrafal error de su Constitución; de esa Constitución de Weimar que, quizá por ser tan reciente y hecha con la minuciosa pedantería que suelen gastar los alemanes, algunos han considerado como la última palabra de la ciencia constitucional.

Establece ella que poder ejecutivo (aparte de un presidente casi nominal) esté ejercido por un gabinete creado por el Parlamento y dependiente del mismo. Han copiado en eso al sistema francés, copiado a su vez del monárquico-constitucional inglés, que también ha sido modelo de todas las monarquías constitucionales.

Pero ese sistema de los ejecutivos «parlamentarios» es un disparate y bierno está a merced del oleaje en un barquichuelo cuyos tripulantes andan a la greña.

El ejemplo de Alemania, más que otro alguno, debe ser aleccionador para los republicanos españoles, que *deben* inequívocamente, orientar sus programas hacia la república *presidencialista* y, desde luego (condición indispensable en todo caso) el sufragio popular *absolutamente secreto*. Es tiempo, para ellos, de poner jalones firmes, y éstos son dos.

Buenos Aires, agosto 1930.

DR. VITAL AZA**El matrimonio perfecto⁽¹⁾**

En otro lugar (2) hemos dicho, cuántas veces tenemos que adivinar los ginecólogos, en el recogimiento de nuestro despacho, que lo que dirige a

ella, en el acto sexual, le sucede es algo extraño o morboso, y si el experimentar repugnancia, indiferencia o dolor en los momentos en que debie-

realizar con éxito el delicado y peligroso papel de *iniciador*, son los motivos verdaderos que la hacen llamar, con certero instinto, a la puerta del ginecólogo, que es quien con mayor autoridad, podrá aconsejarla y dirigirla.

**DR. VITAL AZA**

Ilustre director del Sanatorio "Santa Alicia" y Profesor libre de Ginecología.

nosotros a la mujer que, como enferma, se nos presenta en la consulta, es sólo el dolor de un desengaño, la pena de una desilusión...

Enumerando síntomas banales, refiriendo nimios incidentes patológicos, lo que la mujer quiere decir..., sin decirlo, lo que trata anhelante de averiguar, es sólo cerciorarse si lo que a

ella sentir placer obedecerá a posibles anomalías anatómicas de sus genitales o a trastornos de su fisiología sexual, cosas ambas corregibles, acaso, con nuestra actuación ginecológica.

En la mayoría de las ocasiones, sólo el fracaso de una vida matrimonial, árida y triste, sin conseguir nunca la voluptuosidad prometida, o la cadena dolorosa de una serie de renunciaciones y desengaños, impuesta a la mujer desde el primer día de su unión sexual por quien no supo o no pudo,

«El casamiento es una ciencia», dijo Balzac, y esto, que él no pudo cristalizar en una realidad bibliográfica, ofreciendo sólo a sus lectores el entonces escabroso y todavía hoy ingeniosísimo resumen de su *Fisiología del matrimonio*, habría de lograrlo al escribir su libro el profesor Van de Velde, director durante muchos años de la Clínica Ginecológica de Haarlem, quien, con profundos conocimientos científicos, con profusa experiencia clínica y con serena visión del hondo problema sexual que en el matrimonio late, escribe sobre este asunto, la obra que faltaba en la literatura de todos los países. Para hacerlo, no le detienen los temores que habrían de asaltarle, al lanzar sobre la hipocresía que hoy existe aún en estos problemas, la piedra que habrá de remover cuanto fango y cieno haya en sus aguas estancadas, agitando con valentía el «aburguesado criterio», a cuya sombra *parecen sestear plácidamente...* los mismos que manchan luego el espíritu de quien con ellos sexualmente conviven, o apagan con su frialdad e incomprensión, las brasas precisas para que se inicie el fuego de la sana pasión amorosa.

Aunque es bien sabido que una fisiología genital incompleta engendra casi siempre una psicología morbosa, y de ella derivará tal vez, una moral viciada, son legión los maridos que, egoístas, incomprensivos o temerarios, desdeñan unas veces, cuanto a la sexualidad de su compañera se refiere, considerándola sólo como «recipiente de incubación» o «máquina» productora pasiva de un placer que sólo ellos gozan, o se afanan, por el contrario, en acuciarla con soeces voces de meretricio, con torpes maniobras de burdel, ignorando que por los caminos de la pasión sexual, la mujer que en ellos se inicia, hace su marcha lentamente, que basta la menor brusquedad en la mano del hombre que la empuja amoroso, para hacerla caer, y que la encendida rosa de la voluptuosidad nace, para la mujer, al borde de un precipicio, en el que evitaremos perderla para siempre...

Los efectos funestísimos de una «educación castradora» se oponen también a que muchas mujeres, agobiadas de escrúpulo de conciencia, se dispongan a ser para sus maridos la compañera amorosa, la amante

(1) Prólogo que el Dr. Vital Aza pone al libro del Dr. Th. H. Van de Velde, traducido ahora al castellano.

(2) *Feminismo y sexo*. Morata, Madrid, 1928.

complaciente y encendida que su pasión reclama.

El profesor Van de Velde trata en su libro todas estas delicadísimas cuestiones de alcoba, como quien tiene para enjuiciarlas, la fría serenidad de una austera mirada científica..., pero sin que en sus ojos de hombre, se haya extinguido todavía el luminoso fulgor del que, por vivirlas aún, nos transmite, al contarlas, la emoción pagana del naturalista que conserva todavía en sus dedos el oro sutil de la bella mariposa recién apresada, que habrá de clasificar después, con benedictina paciencia, clavada ya, en sus polícromas vitrinas...

A la ominosaseudoliteratura pornográfica, que invadió hace no muchos años el mercado del libro, ha sucedido ahora, explotando y envileciendo el simpático interés nacido en el público no médico por los asuntos biológicos, por las cuestiones sexuales preferentemente, una profusión de librosseudocientíficos, en los que se ofrecen al profano lector, con epígrafes detonantes que clarinean perversamente, toda una serie de asuntos sexuales, presentados en el marco chocarrero de una deformada y absurda documentación clínica.

El matrimonio perfecto, del profesor Van de Velde, constituye, dentro de esta peligrosa avalancha de bibliografía bajunamente médico sexual, una meritísima y rotunda excepción.

El libro del profesor holandés, exponiendo serena y castamente (no se confundan «castidad» y «abstinencia») los más íntimos factores que integran el acto sexual, dando para su feliz realización dentro del matrimonio, reglas técnicas y consejos prácticos, es quizá de prosa agria, de léxico crudo, sin bellezas de expresión literaria que velen la descarnada claridad con que el problema sexual se aborda, hasta no negaremos que la prolija e ingenua minuciosidad de raigambre teutona, con que se traduce en datos estadísticos y resúmenes gráficos, el estudio clínico de algunos asuntos, ha de prender, por la índole de ellos, en nuestros espíritus latinos—más apicarados y complejos—un gesto de ironía o un ademán de burla. Pero sin dejar de comprender que es siempre más noble y mejor intencionado, decir con el lenguaje sereno de la Medicina lo que a los casados conviene saber..., y muchos aprenden de los labios procaces de una proxeneta o en el relato obsceno de un «chiste de café».

Un libro escrito en estilo sencillo y llano sobre la base de una admirable vulgarización de Anatomía y Fisiología sexual del hombre y la mujer, con el puro ideal de que, dentro del matrimonio, hallen los esposos colmadas todas sus ansias de espíritu y todos los afanes de su pasión amorosa compren-

M A D R I D O Ñ O S

CUATRO CAMINOS

—Ya ves que está de moda el barrio. El Conde, madrileño castizo, lo ha evocado desde la «Strasse» berlinesa, añorando sus madriles; porque eso de que sólo hay «tres» caminos, no es cosa de don Alvaro: el reportero se ha comido uno. Están ahí los cuatro caminos, a los que ahora se les ha puesto mote: Dictadura, Revolución, Sufragio, Abdicación...

—Bueno; ¿y de la niña, qué?
—Pues que seguimos dando vueltas a la glorieta.

SESTEO

—Nuestros amigos veranean. Ya has visto que Marcelino Domingo, después de la reunión de San Sebastián, se encuentra en Suiza, descansando.

—¿Descansando? ¡Que te crees tú eso! Pocas «Enseñanzas» que está acopiando para disfrute de «La Libertad» y sus amigos.

OCCITOCICOS

—La pituitrina no ha conseguido un campeón como lo ha logrado ahora el bicarbonato, que, según «noticias de última hora», sirve, ¡también!, para obtener la determinación del sexo del futuro vástago muy «a priori». Y ya se está trabajando para ver de alcanzar el parto «hemostásico». Es un afán netamente posibilista; logrado el parto sin dolor y rápido, tratan de conseguir que haya parto sin sangre, aunque sea lento...

dida ésta con generosa amplitud y sin los cobardes temores del neomalthusismo, ni las hipócritas «limitaciones topográficas» de un vedado sexual: esto nos ha parecido a nosotros, ginecólogos, la obra del profesor Van de Velde, que el felizmente inquieto editor Morata ofrece hoy a los lectores españoles, no seguramente sin el liviano temor, que compartimos, de que pueda por algunos, ser reprobada su conducta, que quizá agravamos

—Pero ¿tú sabes de algún parto sin sangre?

—Ni tú tampoco.

LAS HORAS

—Parece que ya nadie se acuerda de aquello de «la del alba sería»...

—Porque no es esa la hora.
—Bien; ¿pero de qué es hora? ¿Del «Angelus»?

ESENCIA

—¿Es o no un problema de volumen y de densidad?

—No te esfuerces. ¿Cómo vamos a convencernos de que una libra de esencia «pesa más» que una libra de oro? Por ahí no vamos...

—Pues ¿dó váis?

GRECO

—De «El Entierro del Conde de Orgaz» se ha ausentado una figura. Mariano Marfil ha sido nombrado Delegado en la C. A. M. P. S. A.

—No sigas.

—¿Por qué?

—Por si cansa...

SIGNOS

—A todo tiempo se le adjudica su signo. Tú habrás oído hablar del signo de los tiempos...

—Y este de ahora también lo tiene. Todos estamos de acuerdo en cuál es el signo de nuestro tiempo.



da su conducta, que quizá agravamos nosotros con los pocos renglones que terminamos de escribir, como pórtico modestísimo del libro.

¿Se nos tachará de insensatos, si con Gide, el atormentado escritor, decimos: «Estamos seguros de no perder con nuestra conducta nada que nos importe; mejor dicho: estamos seguros que no debe importarnos nada, lo que perdamos»?

Política religiosa en España

por FRANCISCO MORAGAS CORUJO

Impropios de nuestro siglo y si propios de la precaria situación que nos legó siete años de Dictadura, son los distintos actos que se están cometiendo, vulnerando la tolerancia religiosa que legalmente existe en España.

No parece sino que aún vive desierto para la Iglesia católica el recuerdo de las persecuciones de que fué objeto hasta la conversión del Emperador Constantino en el siglo IV, trayendo este acontecimiento aparejada la hegemonía detentación del Poder por la Iglesia que, con seráfica sencillez, olvidó sus anteriores invocaciones a la libertad religiosa para olvidar este derecho a cuantos no pertenecían a la Iglesia ortodoxa. Así, no nos extraña, que dentro del mismo siglo y por el innoble pugilato que trajo consigo la muerte de Mensario, obispo de Cartago, origen del cisma de Donato el Grande, se viesen mezclados los mártires del Cristianismo con los que la Iglesia católica hacía brotar de la secta de los donatistas. No obstante, aquellos desafortunados se justificaron por San Agustín, al mismo tiempo que concedía al Estado cristiano el derecho a emplear medidas coercitivas para extirpar el error y posteriormente Pío IX, acentuando esta beatífica doctrina, lanzaba su encíclica «Quanta cura», por la que se condenaba todo intento de tolerancia religiosa.

Tanto ésta, como el «Syllabus», como las que Gregorio XVI titulaba «Mirari vos» y «Singulari nos», constituyeron el más potente muro contra toda política liberal en materia religiosa.

En España, no bastaba recordar que la rigidez de la conciencia religiosa de Felipe II, al hacernos perder nuestra preponderancia política en el centro de Europa, inició la precipitada decadencia de nuestra Patria al constituir la en Estado católico cerrado; que si antes el Cardenal Cisneros originó una grave rebelión al pretender que todos los moriscos se convirtieran al catolicismo y los Reyes Católicos expulsaron a los tres meses de conquistar a Granada a cuantos judíos había en España, fué Felipe III el que más defensor de la fe que el propio Pontífice y más interesado en el mantenimiento de la unidad católica, que en el engrandecimiento de nuestra Patria, publicó un bando en 23 de septiembre de 1609 por el que se expulsaba de España a todos los moriscos con excepción de los niños menores de cuatro años «que quisieran quedarse», no oponiendo la Iglesia su veto a la mons-

truosidad de pretender el abandono de los hijos por los padres expulsados.

No bastó cuatro siglos de negras experiencias, donde se empobreció la Agricultura, pero la unidad religiosa era un hecho; donde sólo los más destacados pudieron prever las consecuencias que traería el excesivo acaparamiento de la propiedad en las llamadas «manos muertas» y el desmedido aumento de la población religiosa en detrimento de la unidad del Estado. No bastó, en fin, que la gloriosa Revolución francesa estableciese en la «Declaración de derechos del hombre», como uno de los inherentes a la personalidad humana, el de libertad de conciencia.

Desde entonces, todos los países civilizados se han visto obligados a reconocer este derecho, pero España, por esa pereza atávica que nos somete indignamente, aun a pesar del esfuerzo titánico que supuso la promulgación de la Constitución de 1812, afirmándose en aquel movimiento la nacionalidad (independencia) contra las pretensiones napoleónicas, apoyada aquélla en el esfuerzo colectivo de carácter político que constituyó a España como pueblo soberano hacia adentro y hacia fuera, aun a pesar de ello, no supo culminar su obra y atacó el problema religioso con marcada cobardía y de una forma vergonzante.

En la primera Constitución española, la de 1808, redactada en Bayona como fruto del movimiento de los afrancesados, se hacía constar en su artículo 1.º, que «la religión católica apostólica y romana en España y en todas las posesiones españolas será la religión del Rey y de la nación española y no se permitirá ninguna otra».

Tras las violentas luchas y oposiciones entre factores nacionales que llevó consigo la preparación de las Cortes de Cádiz, éstas genuinamente españolas, exageraron aun más el fanatismo católico al quererlo hacer perpetuo, pues en la Constitución de 1812 se prescribe que, «la religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana, única verdadera», comprometiéndose la «nación a protegerla por leyes sabias y justas y prohibir el ejercicio de cualquier otra». Con la lectura de este artículo comprendemos las dificultades por que atravesaban nuestros liberales para asimilar las lecciones que se desprendían de la Revolución francesa.

Pasó España, desde 1812 por momentos de constitucionalismo y por restauraciones absolutistas, hasta que en 1836 derrocado el Estatuto Real

por la sublevación de La Granja, se impuso por última vez a la Reina Isabel II la Constitución de 1812, convocándose Cortes Constituyentes que elaboraron la reforma constitucional que supone la de 1837.

Era ésta, obra del partido progresista, el más avanzado de entonces, pero por la irresoluta condición que observamos en casi todos los españoles no se atrevieron a librar a España del fanatismo católico, menguando por el contrario, aquella intolerancia de sus antecesores. Por ella, se obliga a la nación a mantener el culto y los ministros de la religión católica que profesan los españoles.

El mismo criterio siguió la de 1845, cuyo artículo 11 dice, que «la religión de la nación española es la católica, apostólica y romana. El Estado se obliga a mantener el culto y sus ministros».

Un movimiento militar, de los tantos habrían de producirse en adelante, variando la fisonomía política del país que, en todo momento, desde la sublevación de Riego en 1820 estaba pendiente del caudillismo militar, puso el poder en manos del general Espartero, que reunió Cortes Constituyentes, cosa extraña, el 8 de noviembre de 1854. De ellas salió la nonnata de 1856, en la que tímidamente, como esperando la excomunión por su valentía, empezó a concederse alguna tolerancia. Por ella «la nación española se obliga a mantener el culto y los ministros de la religión católica que profesan los españoles. Pero ningún español ni extranjero podrá ser perseguido por sus opiniones o creencias religiosas mientras no las manifieste por actos públicos contrarios a la religión». (Art. 14). Es decir, que tácitamente se permitía la exposición en privado de doctrinas contrarias al catolicismo.

Esta Constitución no llegó a promulgarse por la caída de Espartero y la disolución de las Cortes, seguida de distintas vicisitudes por la que pasó el país hasta la revolución de septiembre de 1868, que determinó una importante transformación en la total organización del Estado, derrocando no sólo al Gobierno sino también al régimen.

Por fin se estableció la libertad religiosa, pero de una forma tan vergonzante, de una manera tan tímida, que movía al desprecio la lectura del artículo 21 de la Constitución de 1869. Decía: «La nación se obliga a mantener el culto y los ministros de la religión católica. El ejercicio público o privado de cualquier otro culto queda garantido a todos los extranjeros residentes en España, sin más limitaciones que las reglas universales de la moral y del derecho. Si algunos españoles profesan otra religión que la católica, es aplicable a los mismos todo

lo dispuesto en el párrafo anterior». Se dudaba que hubiera español que no fuera católico, y este escepticismo se llevó a la Constitución sin recelo alguno, cuando más lógico habría sido garantizar lo mismo a españoles que a extranjeros el ejercicio público o privado de cualquier culto.

Pero la restauración borbónica de 1874 trajo aparejada la supresión de esta libertad de cultos que se permutó por una simple y muy restringida tolerancia. Y así en el artículo 11 de la ex vigente Constitución de 1876, incurriendo en esa afortunada diferencia de los conceptos de Estado y nación, utilizados desde luego *muy sabiamente*, se da un salto atrás de treinta y un años para declarar religión oficial del Estado «a la católica, apostólica y romana» y sentenciando a «la nación a mantener», dice bien, el culto y sus ministros. Agregaba, que nadie sería molestado en el territorio español por sus opiniones religiosas, ni por el ejercicio de sus respectivos cultos, salvando el respeto debido a la moral cristiana y no permitiendo otras ceremonias ni manifestaciones públicas que las de la religión del Estado.

Esta rotunda declaración, que tanto defendía el canonista Manjón, hizo cambiar la fisonomía de la legislación civil, dando efectos civiles al matrimonio canónico y estableciendo, paradójicamente, como excepción, el civil para los no católicos.

En la redacción de la Constitución del 76 se despreció olímpicamente el criterio, de por sí conservador, del sabio tratadista de Derecho público Bluntschli, y se negó, *por avanzadas* sus eclécticas doctrinas. Reconocía que el Estado no podía prescindir de tener religión, pero no Iglesia, pudiendo profesar, por ejemplo, la cristiana en sus distintas interpretaciones y tolerar a las demás religiones. Pero ninguna de estas ideas se podían aceptar para la redacción de ese arcaico cuerpo legal. Ni aun siquiera se reconoció la soberanía popular sentada como inalienable desde la Constitución de 1812, y así, mientras en ésta se consagraba en el artículo 3.º, y en las de 1837, 1856, 1869 se decretaba la residencia de la soberanía en la nación, de la que sólo de ella podían emanar los poderes públicos, en la de 1876, de forma análoga a la de 1845, donde la Monarquía es preconstitucional y los Gobiernos degeneraban en dictaduras militares, como la de Narváez en 1848, el «Rey en unión y de acuerdo con las Cortes del reino, actualmente reunidas, decreta y sanciona la Constitución». Es decir; que mientras la de 1869 era obra de la nación, con completa subordinación del Gobierno a la nación soberana que puede modificar la ley de su vida, en la última que hemos padecido, la Mo-

narquía es condición esencial del Estado y aquélla, de acuerdo con la representación de la nación, otorga un pacto, en el que ni siquiera se precisa cómo puede ser reformada, para que engañosamente tuviera que deducirse, que, como se votó en Cortes ordinarias con sanción regia, fuese así la única manera de modificarla.

Pero no sólo no nos garantizó contra los desafueros del Poder legislativo, ni contra los desmanes que del Ejecutivo hemos resistido pacíficamente estos últimos años, sino que no pareciendo suficiente la catolicidad expresa del Estado, como tampoco excesiva la carga que su mantenimiento suponía a la nación, se vulneró el Concordato entre la Santa Sede y España—claro está que en favor de aquélla—modificando lo dispuesto en

el artículo 29, en el sentido de que si se admitían solamente tres órdenes religiosos de varones existen conocidas de todos más de cuarenta y dos, con numerosos conventos cada una y una población de más de veinticinco mil almas, al mismo tiempo que pareciéndoles escaso el número señalado en el artículo 30 para las órdenes femeninas, se aumentó éste hasta la cifra pavorosa de ciento setenta y ocho, con más de cincuenta mil profesas, pudiendo por tanto, deducirse aproximadamente, uniendo a éstas los sesenta mil clérigos seculares que existen en España representativos de sesenta y un millón de pesetas del presupuesto,

VISADO POR LA CENSURA

El nuevo romanticismo

por J. DÍAZ FERNÁNDEZ

(Continuación de la página 13)

Para eso se necesita, sencillamente, un nuevo romanticismo. Yo lo auguro para el arte y para la vida. Europa ya no puede más de cansancio, de escepticismo y de desconcierto. Dicen que el alma no puede vivir sin una religión. Nosotros, hijos del siglo más científico y mecanizado, hemos extirpado quizá toda clase de mitos y simbolismos; pero no podemos vivir sólo para esto, para esto tan breve, tan personal, tan egoísta y tan efímero. Necesitamos vivir para el más allá. No para el más allá del mundo, puesto que no nos es posible creer en una tierra detrás de las estrellas, sino para el más allá del tiempo. Es decir; necesitamos vivir para la historia, para las generaciones venideras. Los mejores espíritus de nuestra época preconizan para hacerse cargo de esta responsabilidad histórica, una austeridad y un misticismo ejemplares.

Pienso que los nuevos románticos han de parecerse muy poco a los románticos del siglo XIX. Carecerán, afortunadamente, de aquel gesto excesivo, de aquella petulancia espectacular, de aquel empirismo rehogado en un mar de retórica. Pero volverán al hombre y escucharán el rumor de su conciencia. Fuera de esto, lo demás apenas tiene importancia. Esperemos, además, que este nuevo romanticismo no descargue su eléctrico impulso solamente sobre el amor. Es posible que las generaciones nuevas encuentren el amor más franco y accesible de lo que está ahora, menos rodeado de prohibiciones y de estímulos. Si hubo un tiempo en que al espíritu del hombre le bastaba la preocupación del amor

para movilizar todos sus afanes y desvelos, llegará otro en que al amor erótico, quede muy en segundo término, tal como ya está regulado por la naturaleza y por la especie. Otro amor más dilatado y complejo, fruto del progreso humano y de la depuración de las relaciones sociales, moverá a los hombres del futuro, será el eje de la gran comunidad universal. Me imagino que el cambio de circunstancias vitales de la mujer influirá en la situación de ésta, incluso en sus sentimientos elementales. En la vida actual, la mujer está preparada única y exclusivamente para el matrimonio. Es lógico que hoy la pasión amorosa se condense en ella de tal manera, que excluya aspiraciones de otra índole. La sociedad actual es manca, porque le falta el brazo activo de la mujer. Cuando la mujer no necesite el matrimonio para resolver su vida y cuando el hogar deje de ser la sepultura del espíritu, entonces la pasión amorosa podrá ser sometida a disciplina y equilibrio. Por lo menos no encontraremos mezclados en vergonzoso contubernio el amor y el cálculo, la pasión y el dinero.

Para terminar: volvamos a la literatura. Lo que se llamó vanguardia literaria en los años últimos, no era sino la postrera etapa de una sensibilidad en liquidación. Los literatos neo-clasicistas se han quedado en literatos a secas. La verdadera vanguardia será aquella que ajuste sus formas nuevas de expresión a las nuevas inquietudes del pensamiento. Saludemos al nuevo romanticismo del hombre y la máquina que harán un arte para la vida, no una vida para el arte.

GARGOLAS

por ANGEL VALBUENA

Estos aforismos fueron obra de Alvaro, personaje de la novela 2 + 4.

Grupo a) CIUDADES DE ESPAÑA Y DE FUERA.—Avila es de piedra. Coimbra, de seda. Toledo, de llamas.

Sevilla, de claveles. Segovia, de céspedes. Granada, de nieve.

Córdoba, de ladrillo. Madrid, de cemento armado.

Hay que acostumbrarse a hablar de Avila sin mentar a Santa Teresa, esa Santa que veía a Dios entre los pucheros. Avila es la más pura realización de la belleza a base de geometría. Esquema de murallas, concreción de infinito en línea. Avila ve a Dios sobre los rectángulos.

Se puede dar el caso de la ciudad beocia, que de tal forma repele a su pasado, que lo aleja, que no quiere ni verlo. Pisa ha dejado sus grandes monumentos de arte en una plaza extrema. Entre la catedral y la torre inclinada crece la hierba.

La penumbra y la suciedad pueden venir como cortejo del romanticismo. En Toledo las sombras asustan. En Toledo no hay agua. Pero este subsuelo de estética vive divinamente cuando hay catedrales y grecos. Cuando sólo quedan los malos cortejos, la ciudad vieja se llama Ventimiglia.

¡Qué tristes las ciudades con una catedral a medias, como Narbonne! Tan triste como estar en el Purgatorio. San Francisco de Asís y Caín pueden convivir, como en un museo un cuadro de Fray Angélico y un aguafuerte de Goya. Pero los Benlliures sólo quedan en las malas plazas.

Una mano a la arquitectura y otra a la locura. Una mano a Avila y otra a Toledo

Grupo b) DE PINTURA.—En Florencia renacen los pintores como las rosas en la primavera. Ahogan, de abundantes. Fragancia, inmensidad.

Botticelli, brilla. El Greco se quema. Murillo se moja. Rembrandt se dora. Ribera se ahuma.

Velázquez, buena vista. Greco, vista extraviada. Poussin, vista con lentes.

Rafael, construye. Miguel-Angel, pelea. Goya, destruye.

Goya es el rey del infierno, de la magia negra y del subsuelo. Entre sus brujas de muecas horribles, el macho cabrío del diablo es la persona más serena y más decente. Goya supo ver los temas románticos con gesto varonil de tragedia. Después se convirtió el dolor en merengue. «Los fusilamientos de la Moncloa», de Goya, son

Como el día del Juicio no cabrán ni a la derecha ni a la izquierda del valle de Josafat, ocuparán los montes vecinos.

Cuando se queme Toledo, vivirá con el Greco en el infinito. En cambio, Coimbra se eternizará en una inundación de río.

Alicante: una hilera de palmeras y un puerto.

Un día los ángeles cogieron a Jerusalén y la trasladaron a España. Milagro de cúpulas y de palmeras. Y esa fué la obra de la fundación de Elche.

Valladolid representa a Felipe II con España. Gris, pétreo, frío. El Escorial, Felipe II sin España. Un formidable panteón.

Para que Murillo dé por resultado a Sevilla hay que multiplicarle por las sevillanas. En cambio, Sevilla dividida por Madrid, dió a Velázquez.

Se puede ser geometría y pradera a la vez. Angeles y luces, sobre los aldeanos y las rosas. Edad Media francesa y Renacimiento entre el palacio y la escultura contorsionada. Ejemplo único, Florencia.

Si a Génova le quitan los barcos del puerto y el pegote barcelonés de gran vía, quedarán las calles desniveladas y en claro-oscuro que pedirán peregrinos y cántaros de agua.

El demonio ha tiznado de hollín las casas de París.

Un día se soltarán las amarras que unen a Cádiz con la tierra, y la ciudad barco comenzará a navegar.

el drama formidable, el choque de heroísmo y fuerza brutal, que chafa, fatalmente. Manet, en el «Fusilamiento de Maximiliano» entra en una rígida muñequería de Academia. Después el patíbulo llegará al merengue envenenado de la música de «Tosca», de Puccini.

Goya fué el primer «inspector de alcantarillas».

Epocas del año en que deben conmemorarse ciertos pintores.—En Navidad, Fray Angélico. En Carnaval, Rubéns. En la Cuaresma, Zurbarán.

Un fraile, dos frailes, tres frailes: pintura de Zurbarán.

En primavera se celebra la fiesta de Botticelli. En estío, la de Velázquez. En otoño, la de Watteau. En invierno, la de Giotto.

Bien están los esqueletos como tales Ayuntamiento de Madrid

esqueletos. No envidian la resurrección de la carne. Si sonase la trompeta final, los esquemas de Durero se recubrirían de la grasa de Rubéns. Lo que no les hace ninguna falta.

El flamenco es un cisne visto por el Greco. El hipopótamo, un cortó visto por Rubéns.

Así como en el cristianismo la Carne es un enemigo del alma, en Rubéns la carne es un enemigo de la estética. Gracias a que el lujo del Mundo y el dinamismo del Demonio salvan al gran pintor.

El momento religioso de los pintores.—Rembrandt, intimidad de Última Cena. El Greco, nubes y vuelo de Ascensión. Tiépolo, una enfática misa de pontifical. En el parnaso pictórico, cuando Miguel-Angel comienza a dar puñetazos, las muchachas de Murillo se desmayan.

Goya, que empezó por no sentir la religión, terminó en un hondo cristianismo íntimo, agónico. «La última comunión de San José de Calasanz» (el viejo vidente entre clero vulgar y beatería) presenta por contraste el caso del misticismo en la pintura española. «El Cristo en el Huerto de los Olivos» es algo desgarrado, desesperado, el precedente del cristianismo ruso, anárquico, de Tolstoy y Dostoievsky. Precisamente el mismo asunto, en música, daba a Beethoven un oratorio de intensa y exclusivamente humana piedad.

Debe vivirse alternando la tristeza con la alegría, entre la sinfonía toledana del Greco y la sinfonía florentina de Leonardo.

Grupo c) DE MÚSICA.—Haydn, el niño. Mozart, el joven. Beethoven, música de treinta y tres años. Wagner, el viejo venerable. Debussy, la segunda niñez.

Beethoven es la música; Wagner, la orquesta. Del mismo modo, en el teatro, Shakespeare es el drama; Calderón, la escena.

Análogamente a la diferencia entre las artes plásticas *lineales* del siglo XVI y las *pintorescas* del XVII (véase a Wölfflin), se marca una característica *lineal* en la música del siglo XVIII, frente a la *pintoresca* del XIX. La música clásica del XVIII tiene sus temas contorneados, acabados; sus armonías son lineales.

La música del XIX esfuma sus motivos en un mundo infinito de sonoridades; no se destaca un tema; el conjunto de la orquestación es esencial. El siglo XIX es el *barróco* de la música.

Así como Víctor Hugo es un Jehová en el Sinaí, con acento francés; Wagner es Wotan en el Walhalla, con fonética germana, naturalmente. Aquél dió a Flaubert una Ley seca; éste a Strauss una orquesta de piedra.

Mozart, el río. Beethoven, la cas-

Primo de Rivera

Desde que Calvo, Guadalhorce y el hijo de Primo, recorrieron Galicia se han encarecido las hortalizas en toda la región.

Ahora esperan a Anido, Callejo, Yanguas y Ponte.

Todavía quedan provisiones y... tachuelas.

Es tan gran financiero el divino Calvo que adonde quiera que va hace subir la peseta.

En Galicia no ha visto más que pesetas alrededor suyo.

Y todas altas.

A la altura de sus narices.

No hay nada más ridículo que esos individuos que se creen prohombres por haber sido ministros de la Dictadura.

¿Ministros?

No. Ministriles y gracias. Ordenanzas y cimbeles de aquel Asuero de la política española que se llamó Miguel Primo de Rivera y Orbaneja.

De modo que ya lo saben ustedes, Calvo, Callejo, Yanguas, etc.: a callar y a meterse con mucho cuidado en la carbonera.

Matemáticas.

U. M. N. + U. P. × L. E.

= W. C.

R

En Orense cayó un cascote sobre la cabeza de cierto propagandista.

Celebramos la colocación de esa primera piedra.

Seguimos archivando artículos sobre el Patronato Nacional del Turismo.

¡No podemos hacer otra cosa!

El Tribunal de Cuentas ha venido pidiendo en sus memorias, durante dos años, explicación sobre la venta de barras de plata hecha en Londres por orden del señor Calvo Sotelo.

Todavía no se ha contestado. Parece que la venta no está muy clara.

(De «Heraldo de Madrid», que a su vez lo toma de «El Mundo». Rogamos a nuestros colegas que continúen la cadena.)

Los huelguistas de San Sebastián han demostrado muy poco patriotismo.

Por poco deslucen con sus protestas, la regata de blandros.

Cuando Alba salió de estampía para Francia con un valor cívico digno de un foxterrier, sus pocos amigos de entonces se dedicaban a solicitar de la Prensa afecta a la Dictadura indulgencia para el fugitivo. Y esa Prensa, incluso la más reaccionaria, atendió el ruego.

Después Alba ha tenido durante su arribo el apoyo de toda la Prensa liberal. Ahora Alba se mete con la Prensa liberal.

Huelgan los comentarios.

Falcón, en libertad

El director de nuestro querido colega «Nosotros» ha sido puesto en libertad bajo fianza.

VISADO POR LA CENSURA

cada. Wágner, el trueno y rayo. Strauss, al autobús.

La música de Strauss es, como en casi su totalidad la de Wágner, una obra cerebral; pero Wágner era una inteligencia poética, mientras que Strauss es una inteligencia mecánica.

Sonatas de Mozart: las toca una niña rubia, de dieciséis años. Primeras sonatas de Beethoven: las toca una joven de veintidós años. Sonatas medias de Beethoven: las toca un buen pianista; Sauer, por ejemplo. Últimas sonatas de Beethoven: las toca un león. «Ave María», de Schubert: interpretada por un monaguillo romántico. Valses de Chopín: báilalos una jamoncita cursi con ojeras.

El compositor y libretista Arrigo Boito se equivocó al concebir un Mefistófeles con voz de bajo. El diablo de Goethe es un espíritu lírico y atorado. Déjese la solemnidad del grave para el Satán de Milton, potente, inmenso y «republicano». Mefistófeles es todo vivacidad, animación e iro-

nía. Bien hizo Wágner en dar voz de tenor a su hermano antiguo Loge, el dios del fuego en «El oro del Rhin». Y siguió Boito haciéndolo mal al dar voz de tenor a Fausto. Al cantor con vocecilla añorada de viejo, el efecto es ridículo. La voz de barítono hubiera resuelto bien la pluralidad del remozamiento. La marcha fúnebre de la III Sinfonía de Beethoven es supremamente clásica, serena como una

tragedia de Sófocles. La marcha fúnebre de «El ocaso de los dioses», de Wágner, atormentadoramente barroca, con toda la contorsión de una figura de Miguel-Angel.

Rusia vencedora de Europa: Dostoiévsky, Musorgsky.

Rusia dando la mano a Europa: Tolstoy, Borodín.

Rusia vencida por Europa: Turguénov, Tchaikovsky.

Fotograbadó
Sucesor de E. PAEZ

Casa fundada en 1893
QUINTANA, 33-MADRID
Teléfono, 32254 - Apartado 8.026



Ayuntamiento de Madrid

VIDA ESPAÑOLA

CANARIAS

EL P. N. DE T. EN LAS PALMAS

¿Qué puede hacer aquí, en Las Palmas, el P. N. de T., sino lo que ha hecho en toda España: fracasar? Fracasar menos en el arte de birlibirloque en una propaganda—la de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona—que fué un desastre. Fracasar menos en tener una burocracia inepta y perfectamente retribuida.

Ahora el execrable Patronato Nacional de Turismo—aquí nos lo sirven bajo la etiqueta de Junta Provincial de Turismo—está sometido a la rechiffa pública. Algunos sectores de la Prensa lo han enfilado. Y, en general, se pide una revisión severa de la actuación administrativa de este engendrilla provincial de la Dictadura. Sin embargo, la revisión no aparece por ninguna parte. Un miembro de la Agronomía Automovilista de Turismo, que tenía representación en el Patronato Nacional de Turismo, porque se dirigió al gobernador demandando una revisión de cuentas, en vista de las intencionadas reticencias de un órgano local, fué suprimido en dicha representación. Por tanto, el Patronato pudo escabullir esta inminente revisión.

Necesaria, imprescindible, para un organismo que cobró crecidas cantidades, a título de subvención, para filmar una película de propaganda canaria—con destino a la E. I. A.—que nadie sabe de ella. Ni, probablemente, sabrá nada. No se puede tolerar una labor administrativa tan solapada, tan escurridiza. Si el Patronato—o llámese X—no ha tenido que «ver» nada con los dineros destinados para la célebre película, que lo pruebe con documentos. De esta manera se librará de estar sometido al justo recelo del público. ¡Venga, pues, una revisión inmediata contra la Junta Provincial de Turismo! No se puede permitir que la actuación de un «grupito» esté cada día alejando más la afluencia de turistas a nuestro Puerto de la Luz.

No solamente por su actuación administrativa dudosa, sino por su pública ineficacia se tiene la Junta Provincial de Turismo bien ganada una ventilación de papeles y documentos administrativos. ¡Que salgan a tomar el aire!

Ahora se ha recrudecido en el Puerto de la Luz una pugna antagónica: entre intérpretes y chóferes, que la buena voluntad de la Agronomía

Automovilista de Turismo había logrado allanar. Pero que el Patronato Nacional de Turismo, con el nombramiento de dos inspectores de tránsito, ex chóferes de la agrupación de intérpretes, ha logrado enardecer—de nuevo—las apetencias de unos y otros. Recientemente se produjo un espectáculo ante la vista de una caravana de turistas que conducía el «Adriano». Espectáculo promovido por los dos inspectores de tráfico del Patronato, los cuales se dedicaron a dar preferencia a los «autos» de los intérpretes posponiendo a los de la Agronomía Automovilista de Turismo.

Esta entidad ha tenido que dirigirse en instancia a los ministros de Fomento y Gobernación para que intervenga en la desastrosa actuación del Patronato. Tengamos en cuenta, además, que los dos inspectores de tráfico han sido nombrados de bóbilis, bóbilis, sin concurso, y a pesar de haberlos dejado cesantes el gobernador, el Patronato los repuso de nuevo impávido. Además de este pazpuerco engendrilla dictatorial, de nefasta actuación turística, existe en el Puerto una Caseta de información, espléndidamente retribuida, adonde ha ido a parar todo el que ha dispuesto de contundentes recomendaciones. Si tenemos en cuenta—muy en cuenta—que nuestra principal fuente de riqueza nos entra por el Puerto, veremos que la actuación del Patronato no es—precisamente—la más indicada para fomentarla. Al contrario: para darle la puntilla.

Aquí, en Las Palmas, las únicas muestras de vida que da el Patronato son sus continuados fracasos. De resto nada sabemos de él. ¡Ah! Y los admirables artículos del técnico hotelero señor Peypoch. ¡Oh, qué formidables artículos técnicos! Merece por ellos—a más de darle con un ladrillo en el meollo—una gratificación de esas que se «escurren» en el Patronato Nacional de Turismo. ¡Qué vergüenza, señores, que una capacidad hotelera como la del señor Peypoch tenga que estar dependiendo de una remuneración oficial! Esto—puede asegurarse—no ocurre sino en España.

Por cierto que el genial Peypoch para escribir sus articulazos precisaba, antes, comer en cada uno de los hoteles locales, para cerciorarse de las cualidades de la mesa, etc.

De todos modos es muy triste que un personaje como éste se esté «muriendo de hambre» estrangulado por un sueldo oficial.

Como estamos en España lo seguro será, dado la desastrosa actuación del P. N. de T., que se le aumenten las consignaciones, se dupliquen los sueldos, se triplique el personal, se filme otra cinta y... a vivir todo el que tenga cara para ello.

A. H. DE M.

Las Palmas (Gran Canaria.)

ANTE LAS ELECCIONES, por Félix.



¿POR CUAL CAMINO TIRARÁ JUAN PUEBLO?

Ayuntamiento de Madrid

La quincena internacional

El caudillaje en América

Dos movimientos aparentemente antidictatoriales se han registrado en América durante la última quincena: el de Sánchez del Cerro, en el Perú, y el de Uriburu, en la Argentina. Ellos han derribado, entre el júbilo popular, a dos dictadores que habían colocado el interés de su causa personal por encima de los intereses del pueblo. Este ha vibrado jubilosamente ante la caída de Leguía y de Irigoyen, porque nada hay que produzca mayor alivio que la muerte de las tiranías personales. Pero dudamos mucho que el fervor popular acompañe a los sustitutos. Ambos son militares y si bien están educados en países donde la democracia política ha tenido horas espléndidas, pertenecen, sin embargo, al Continente donde son horribles los caudillajes y los Gobiernos unipersonales.

Quisiéramos equivocarnos; pero sospechamos que esas dos dictaduras van a perdurar sin otra novedad que la simple sustitución de nombres. El caudillaje militar, sin control ni intervención popular, es una de las formas que presenta el fracaso político de

nuestro siglo. Desplazadas las aspiraciones democráticas de las instituciones creadas por la centuria anterior, la descomposición ideológica se manifiesta en estas explosiones de la fuerza armada. El Ejército, creado para defender a la nación, se vuelve contra la nación misma.

América, como el mundo entero, no tiene más problemas que los problemas de clase. En la Argentina, el proletariado industrial ha llegado a representar un formidable instrumento de Gobierno del que en vano quieren desentenderse los poderes tradicionales. Los partidos obreros son los únicos que allí garantizan una fuerza democrática capaz de hacer tomar un rumbo nuevo a la política argentina. Mientras estos elementos no tengan el Poder en sus manos aquella democracia será una ficción.

En el Perú hay un problema parecido con referencia a la situación del campesino y del trabajador en general. El infortunado Mariátegui, que se vió al final traicionado por los intelectuales que le acompañaban sabía que la lucha contra el imperialismo yanqui no era una lucha de carácter político, sino de carácter social. La

absorción de la América hispánica por Yanquilandia es una obra del capitalismo que hay que combatir en su raíz, despojando del Poder a los terratenientes, los caudillos, los banqueros y los agiotistas de toda calaña que no sienten otro patriotismo que el del dinero.

Las elecciones alemanas

No están los tiempos para confiar demasiado en unas elecciones. Pero Alemania es un país entrenado en el ejercicio de sus derechos y castigado suficientemente por los despotismos para que confíe su porvenir a fuerzas de tipo democrático. Según los datos que empiezan a circular por los periódicos de todos los países, la lucha está planteada entre los sectores nacionalistas y los sectores proletarizantes. No hace falta oficiar de profeta para presumir que la República socialista alemana no volverá atrás, siro al contrario: es posible que las tendencias extremas ganen la fuerza oficial suficiente para acabar de batir los últimos brotes del imperialismo y establecer un régimen de auténtica democracia.



CONCHA MENDEZ CUESTA.—*Canciones de mar y tierra.*

Concha Méndez Cuesta, nuestra compañera vital y deportista como siempre, viajera, curiosa de perspectivas internacionales, con un montón de cosas en la cabeza y color de bronce en la piel, está en Buenos Aires. Antes estuvo en Londres.

Londres no era para nuestra poeta. Su niebla y su llovizna le ahogaban. Dió conferencias, escribió poco y, tras un año de permanencia, volvió a Madrid. De nuevo pensó en otro salto, salto hace tiempo proyectado sobre el Océano, hacia América Sur, aunque ella prefiere la América Norte de rascacielos y películas.

En la Argentina, Concha ha reunido en un libro sus poemas de viaje. Nos envía «Canciones de mar y tierra» como una fe de su existencia de poeta, como una demostración de sus hurras intercontinentales.

Consuelo Derges escribe en el libro un prólogo. «Los raíds náutico-astroles de Concha Méndez Cuesta». Tras una acertadísima visión de nuestra joven escritora, incluye como una bandera la frase de don José Ortega: «La vida cobra sentido cuando se hace de ella una afirmación de no renunciar a nada.» Y a nada renuncia Concha.

Son numerosos los poemas y marcan una conquista más que regular sobre sus anteriores libros. Todos—sería innumerable enumerar algunos mejores—lentos de mar, de cloruro de sodio, de marineros, de puertos, de vientos...

«Y no me quedaré en tierra,
no me quedaré, no, amante;
que me han hecho capitana
de la Marina mercante
y he de marchar en un alba
por los mares adelante.»

A través de los poemas se sigue su ruta. («Canal de Bristol un día.») Londres, El Ecuador, Sevilla, Buenos Aires... Tiene, a veces, poemas de exquisita delicadeza:

«Te quiero—quiero—quiero,
porque eres marinero,
porque tienes un ancla,
pantalón campanero,
un estuche de mapas
y un barquito velero.»

junto a veces momentos como aquel («Cónsules, mi pasaporte.»)

Termina Concha Méndez Cuesta su libro con varios poemas en prosa. Vibrantes, apasionados, modernos, de última hora. Concha compra sus poemas en los almacenes de última moda del cielo...

Concha seguirá adelante en su vida y en sus libros.

A. DE O.

Suscríbese a NUEVA ESPAÑA

Suc. de F. Peña Cruz, Pizarro, 16.—Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Libros políticos de actualidad

Al Servicio de la Justicia

La Orgía Aurea de la Dictadura
por Q. Saldaña

Al Servicio de la Historia

Bosquejo Histórico de la Dictadura
por Gabriel Maura Gamazo

Al Servicio de la República

por Alejandro Lerroux

Al Servicio del Derecho Penal

Diatriba del Código gubernativo
por Luis Jiménez de Asúa

Dos ensayos de Revolución

¿España en marcha?
por Emilio Palomo

La ruta de Marcelino Domingo

por Alicia Garcitoral

Al Servicio de la Conciencia Ciudadana

por A. Aguilera Arjona

Francia, el Dictador y el Moro

por L. de Armiñán

Libertad y Autoridad

por Marcelino Domingo

Al Servicio de España

por J. Sánchez Guerra

Al Servicio del Socialismo

por Julián Besteiro

Al Servicio de la Raza

por Gregorio Marañón

Al Servicio de la Patria

por Víctor Pradera

Al Servicio de la Plebe

por Julio Senador

Al Servicio de la Doctrina Constitucional

por M. de Burgos y Mazo